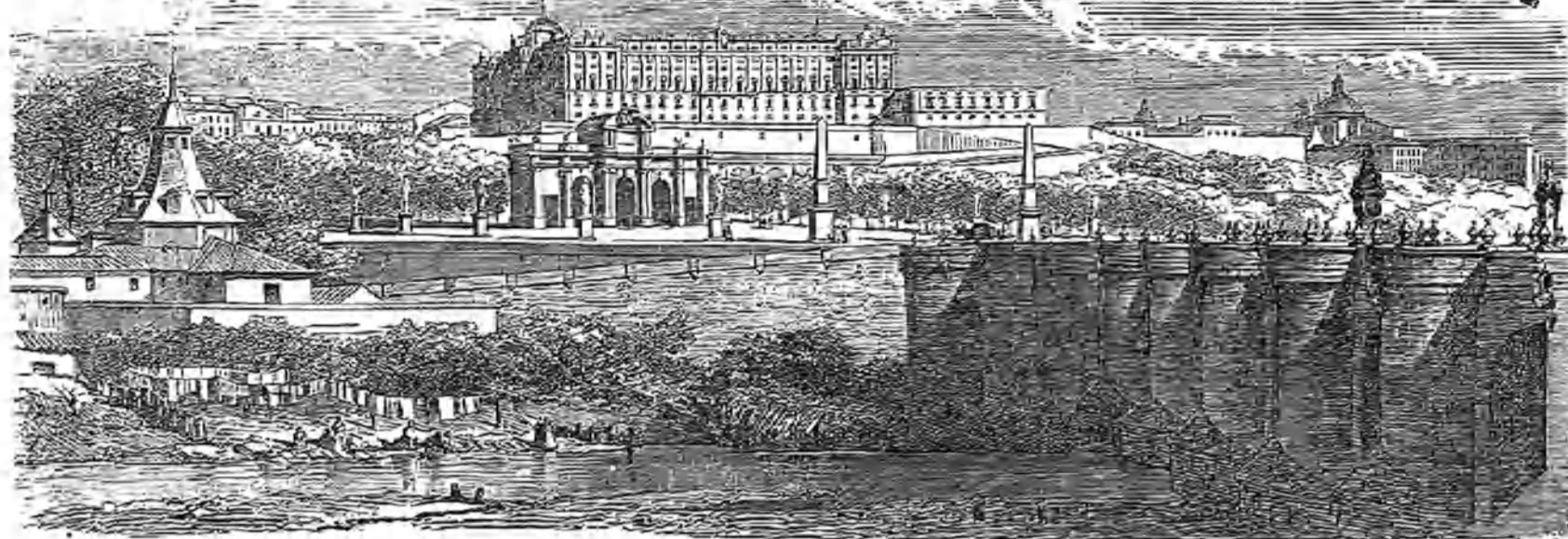


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 12 DE DICIEMBRE DE 1870.

NÚM. 23.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores.—Breves apuntes y noticias sueltas para escribir la historia de la ciudad de Tarazona, por D. Roman Gascoerrotea.—Utopías (conclusion), por D. M. Garrido de Albornoz.—Costumbres del siglo XVII (conclusion), por D. Julio Alvarez.—La noche en el bosque. Fragmentos de unas memorias inéditas, por D. Fernando M. Rodondo.—La que espera en el café, por D. Roberto Robert.—Distribucion de bocas en Barcelona durante la epidemia.—El rey Gendaulé, cuento greco-latino (continuacion), por D. Santiago de Linares.—D. Luis Maria Pastor.—Salones, por Onofre Bay.—Don Juan Prim y Prats, presidente del Consejo de ministros.—Viaje a Italia de la Comision de las Cortes Constituyentes.—Don Juan Rico y Amat.

GRABADOS.—D. Luis Maria Pastor, de una fotografía de Laurent.—Despedida de la Comision Constituyente en la estacion del camino de hierro del Mediodia, dibujo de D. A. Peres.—Embarque de la Comision de las Cortes en la bahia de Cartagena, dibujo de D. R. Noillon.—Distribucion de honos en Barcelona durante la epidemia, dibujo de D. J. L. Pellicer.—El capitán general presidente del Consejo de Ministros don Juan Prim y Prats, dibujo de D. A. Peres.—Exploradores alemanes, dibujo de don Praxiteles Praxilla.—D. Juan Rico y Amat, dibujo de D. A. Peres.—Jeroglífico.

pieza habian ido clavando allí, en tierra, por el mango, los ascobillones municipales, á que los jardineros del Buen-Retiro, por extraño capricho, habian plantado los árboles del revés. Y bajo esos árboles se veia una gran sábana de nieve, y sobre ellos un cielo gris de color de plomo, triste y pesado. Los tejados de las casas estaban

vestidos de blanco, los balcones parecian canastillos de nieve, los canalones querian llorar, sin duda, tan extraña mudanza, y sus lágrimas quedaban colgadas al extremo de sus bocas, formando luminosos racimos de cristal... A no haber sido las seis de la mañana, sabe Dios que tan raro espectáculo me hubiera parecido lleno de poesía; pero cerré las vidrieras y volviendo á desnudarme di en la cama con gran ligereza.

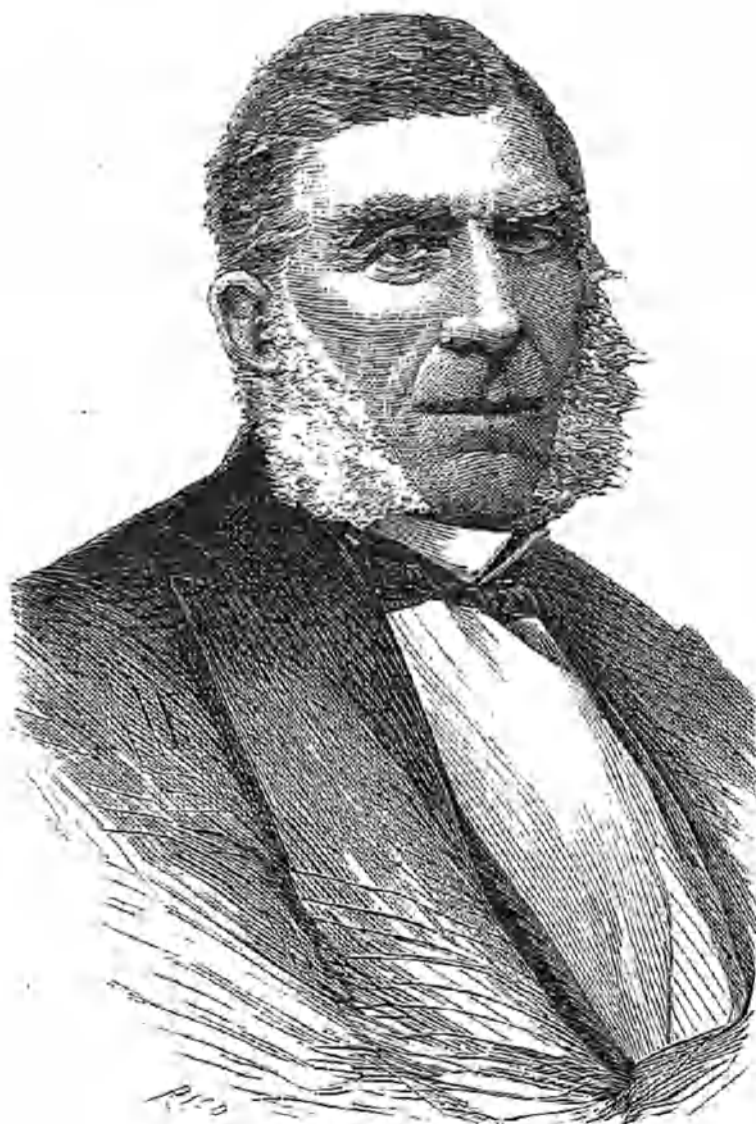
¡Oh, qué placer! ¡Oh, de qué diferente y más grata manera me acariciaban las sábanas con su dulce calor! ¡Y hacia diez minutos que yo las habia abandonado sin pensar! Mi cama, sin embargo, estaba en sus condiciones normales: ni se habia aumentado ningun calorifero de Palencia, ni cubierto con piel alguna de oso, ni otro animal peludo. No os riáis... me abrigaba en aquel instante con la imaginacion, y mis pensamientos me hacian sudar de igual modo que si fuesen tizas de flores cordiales.

Allí, arrebuñado entre las sábanas, me trasportaba fantásticamente á los lejanos puntos que desde mi balcón habia visto. Entre la nieve, por borradas veredas, siguiendo la huella de algun otro caminante ó abriendo nuevo sendero con las suyas, veia algun soldado, alguna pobre mujer, alguna familia de mendigos, que se dirigian, quién sabe donde, muertos de frio. ¡Cuándo llegarían aquellos infelices á la puerta de un hogar donde hubiera hambre! ¡Cuándo al ruido de la aldea agitada con yerba mano contestaría una voz compasiva: «Pasad y calentaos!...»

Sudaba yo á chorros, os decía: ¿y cómo no! Si mientras mi pensamiento mojaba en nieve sus alas gimiendo la infelicidad ajena, mi cuerpo yacia inmóvil bajo mantas, dando al cielo gracias por la ventura propia!...

Bien es cierto que nada abriga tanto como pensar en que afuera nieva, lamentando las desgracias del prójimo desde dentro.

Hay dos cosas que anuncian seguramente la Noche Buena. Es una de ellas las bandas de pavos que cruzan



CON LUIS MARÍA PASTOR.

ECOS.

Ustedes no necesitan saber donde yo vivo, ni en qué calle, ni en qué casa, ni en qué cuarto tampoco; pero yo quiero que sepan que asomándome al balcón de mi vivienda y mirando de soslayo distingo á lo lejos algunos árboles de esos que en verano dan fresca y grata sombra á las históricas y abandonadas calles del Buen-Retiro.

Hace pocos días, ya Vds. recordarán cuándo, me asomé, como de costumbre, poco despues de levantarme por dar la bienvenida en propia persona al sol cotidiano, y me sorprendió cuán distinto se ofrecia á mis ojos el escaso resto del lujoso vestido que á los vecinos de esta vuestra casa brinda apartada y generosamente la naturaleza.

Los árboles desnudos de hoja parecian esqueletos de extraños seres. Diríase que los dependientes de la lim-

por las calles caminando con majestad á un fin prematuro; es la otra el Infernal concierto con que regalan los oídos de los transeúntes, cuantos chicos hay en el barrio, formados en orden de parada y redoblando en destemplados tambores hasta romper sus muñecas y los oídos del prójimo.

Bien pronto al redoble del tambor se unirá el áspero chirrido del rabel y las chicharras, y el son de la pandeleta, que crisparía los nervios de un hulano. Al recordar el sagrado origen que en esta época justifica la esgrima de tan terribles instrumentos, el cristiano más rancio, si padece de afecciones filarmónicas, no puede menos de lamentar el atraso en que se encontraba la música pastoril en los venturosos tiempos del nacimiento de Cristo.

Ayer me encontré á un amigo que debía haber partido ya para la Habana.

—¿Usted por aquí le dije. ¿Cómo es eso? Le hacia á usted sureando los mares.

—Es que ya no me irá hasta que pase la Noche-Buena. ¿Que quiere Vd., no he tenido valor para dar ese disgusto á mis padres!

Y en efecto la Noche-Buena es la noche de la familia. En torno de la mesa flotan humes la sopa de almendra reunense todos con aspecto alborozado. Es una cita de respeto y amor. ¡Feliz el que á ella acude tranquilo el corazón y la conciencia! Y sin embargo, siempre en ese concierto de alegría hay alguna nota de dolor. Por muchos hijos que rodean la mesa los ojos de los padres ven alguna silla vacía. ¿Y Antonio? ¿Y Juan? ¿Y María? Los unos han muerto, los otros están en lejanos países solos en su triste cena ante irios manjares, y acaso también pensando en ellos en aquel momento, alguno... ¡jugra-to!... falta á la cita.

La copa de Noche-Buena tiene en su fondo para los viejos lágrimas de dolor y de placer. ¿Qué triste es sentarse á presidir la cena y recordar otras ya pasadas? ¿Cómo se borran las arrugas del rostro con los besos de los alegres nietos?

Próximamente y con un objeto filantrópico parece que ha de celebrarse en Madrid una exposición de pinturas.

Sin duda con este motivo tendremos ocasión de admirar grandes progresos en el arte español, que ya figura á la cabeza del arte europeo.

Cierto pintor, amigo mío, me ha dicho que va á enviar á dicha exposición un cuadro suyo que se distingue especialmente por su gran sencillez.

Esto me ha recordado que en otra exposición francesa se presentó un cuadro que representaba la orilla del mar y una gran roca en el centro.

—¿Qué dice Vd. de mi cuadro? preguntaba al autor á cierto crítico.

—Hablando francamente, le encuentro falta de interés.

—¡Ah! repuso el artista, ¿no diría Vd. eso si supiera lo que pasa detrás de esa roca!

La prensa se ha ocupado estos días del percance sufrido por algunos astrónomos extranjeros, los cuales han tenido que dejar en la aduana de Cádiz los instrumentos que traían con objeto de observar el eclipse anunciado para este mes.

Sin que yo ponga en duda la legalidad y conveniencia de esta medida, pareceme que los extranjeros en cuestión han quedado en una situación algo dificultosa. Recogerle á un astrónomo sus telescopios es lo mismo que decomisarle á un cojo las muletas.

¡Ah, pícaros, habrá dicho el sol, viendo desde las olímpicas regiones, el gesto que ponían los viajeros sabios! ¡Ignorais por lo visto que este año me vengo á eclipsar encima de España, precisamente con el objeto de que nadie me observe!

El bello sexo está sobremanera alarmado con los rumores que corren de que la viruela negra anda por Madrid. ¡Ay, infelices de la que nace hermosa!

Para una mujer bonita la muerte supone menos que un ataque de viruelas. Morir en la flor de la edad y de la hermosura, en medio de aplausos, de adulaciones y de amor, es una muerte que puede, en visperas, halagar á un espíritu poético, y siempre tienen algo de poetas las mujeres bonitas.

—Pero entrar un día en la alcoba con la faz como el sol

para salir á los quince ó los veinte con la cara como un arnero, es muerte peor: el alma, ebria con el incienso de otros tiempos, sufre la indiferencia y el desden de sus antiguos adoradores, aprisionada en un cuerpo que es tan sólo el despreciado cadáver de una gran belleza. Se acabaron los ramos de flores y las palabras misteriosas pronunciadas al oído, los collares y los brazaletes de piedras preciosas con que esclavizaba el amor á la hermosura, los billetes cargados de zromas que siembran desmayos al rozar las incorrectas narices de la plebe, las serenatas á media noche, los duelos por una mirada y los centros y coronas depositados por la admiración á sus plantas. ¿Huyó la hermosura? Huyeron la paz, la dicha, la vida de la mujer, y ¡ay! las más veces no es lo peor las viruelas del cuerpo, sino la tristeza, la cólera, la envidia, que para siempre de ella se apoderan: ¡las viruelas del alma!

Comprendo, pues, la emigración del bello sexo antes de la epidemia, y el arsénico y la asfixia despues. ¡Ser hermosa, ó morir!

Por fortuna puede oponerse al mal el antídoto de la vacuna.

«La esposa docti del celoso toro
De este precioso don fué enriquecida,
Y en las copiosas fuentes le guardaba,
Dónde su leche candida é raudales
Dispensa á tantos alimento y vida.»

Como dijo Quintana en estos versos, ménos inspirado en ellos de Apolo que de la filantropía.

La operación de la vacuna no es, sin embargo, cosa tan sencilla para el bello sexo. Nosotros, los seres barbudos, con alargar el brazo salimos del apuro; las mujeres ya es otra cosa.

¿Cómo presentarse en un concierto, ó en un baile, ó en el palco de la Opera, luciendo en los desamados brazos las prosaicas señales de la vacuna, que les darian cierto aspecto á embuchado en que asoma alguna que otra almendra de tocino?

La elección del sitio en que debe depositarse el medicamento, es caso dificultoso: hay que contar con la caprichosa moda. Unas veces se viste de largo y otras de corto; el escote del vestido sufre, como el mar, un flujo y reflujo constantes. Además, la mujer bien formada es muy preciosa. ¿Quién sabe, acaso un día por los azares de la suerte haya de embarcarse y naufragar en apartada costa, y vaya á un mercado de hermosuras, donde libre de todo vaho tenga que ruborizarse... de haber sido vacunada!

Ello es, sin embargo, que hay que vacunarse, y aceptada la necesidad del preservativo, pareceme que el bello sexo madrileño debe seguir el ejemplo que el año pasado le dió el de París.

Cierto doctor se hizo allí una reputación y un capital vacunando á las señoras debajo de la rodilla. Es un sitio efectivamente muy discreto.

Un periódico elegante de aquella capital, ocupándose de ese médico, dijo que las señoras francesas se impresionaban tanto con la operación, que muchas de ellas se dejaban olvidadas las ligas.

El doctor poseía una preciosa colección de cintas de aquel uso, blancas, azules, rojas, tricolores, ya con adornos de abalorios, ya con moños de raso, ya con miniaturas, ya con fotografías, ya, en fin, con fechas memorables.

La mayor parte de estos objetos tenían puestos los nombres de las damas á quienes habían pertenecido, y los pollos de buen tono se hacían presentar al doctor coleccionista para llevar á cabo con aquellos datos, como Cuvier sobre los fósiles parisienses, la reconstrucción mental de las pantorrillas más interesantes del imperio.

Un periódico musical asegura que el tenor Mario se retira definitivamente de la escena.

Ha perdido la voz por completo; pero ha ganado tres millones y medio de francos.

¡Admirable artista! La última vez que le oí, cantaba *Fausto*.

Como tenor había ya degenerado mucho; pero abrazaba á la *prima donna* con toda la afinación de sus mejores tiempos.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

BREVES APUNTES Y NOTICIAS SUELTAS

PARA ESCRIBIR LA HISTORIA

DE LA

CIUDAD DE TARAZONA.

A pesar de que ninguna de las provincias que forman la monarquía española cuenta tantos y tan autorizados analistas como el antiguo reino de Aragón, entre los que sobresalen Zurita, Argensola, Dormer, Blancas, La Ripa, Panzano, Lanuza y Sayas; y aunque es muy largo el catálogo de monografías interesantísimas, de historias particulares de ciudades y pueblos y aun de sucesos con que se ufana nuestra bibliografía histórica, Tarazona, una de las ciudades más importantes, más antiguas y más ricas en recuerdos de la corona aragonesa, no ha tenido un cronista, ni apenas se ha escrito cosa alguna de fundamento sobre ella, pues el libro titulado *Glorias de Tarazona*, que se imprimió en el siglo anterior al nuestro, carece de todo mérito por la falta de sana y juiciosa crítica, por las inexactitudes de toda especie, por los errores de fechas y las simplezas de que está plagado; verdad es que el sabio padre Argañá, de la orden de San Benito, compuso una obra llena de erudición y muy apreciable, pero esta libro, titulado *La Sociedad laureada*, que se imprimió en Madrid en 1875, no es más que una historia eclesiástica de la diócesis tarazonense, y por lo mismo se ocupa poco, tratando de ellos muy á la ligera y como de paso, de los sucesos políticos y militares de que fué teatro aquella ciudad en todos tiempos y singularmente en la Edad Media. ¡Ojalá que estos apuntes despierten el dormido celo de algun escritor y sirvan para que se llene tan incensurable vacío!

En los confines de Aragón y Castilla la Vieja, en la punta occidental de la primera de estas provincias, tocando á Navarra por el Norte y á Castilla por el Oeste, está la antigua y nobilísima ciudad de Tarazona, como reclinada en la verde y alegre falda de Moncayo, cuyo monte la envía claras y abundantes aguas que surcan en todas direcciones y bañan su frondosa vega; la naturaleza con todos sus encantos, el arte con mil primores y la historia con los venerables recuerdos de muchos siglos, hacen de la olvidada Turiaso uno de los pueblos más dignos de ser visitados y conocidos, y sin embargo, ¡cuán pocos son los que van á buscar esparcimiento y á dar grato solaz al ánimo en aquel rincón pintoresco, ó á estudiar gráficamente las bellezas de que está sembrado su suelo!

Es Tarazona ciudad antiquísima, y aunque no crea propio de este lugar repetir lo que otros han dicho acerca de su origen y fundación, ni engolfarme en el oscuro mar de las tradiciones que rodean su cuna celtibérica, cumple á mi propósito recordar que Plinio la celebra por la bondad del hierro (el temple de sus armas fué famoso), así como á Calatayud, que Ptolomeo la coloca en la Celtiberia, y Antonino, con igual acierto, entre Numancia y Zaragoza, *quince millas antes de esta*.

Fué municipio y de ciudadanos romanos los cuales gozaban de una condición superior á la de los que tenían el derecho de latinos; no cabe duda alguna de que fué municipio, porque no sólo lo declara así Plinio, sino que lo demuestran repetidamente varias de las medallas que se batieron en la ciudad, y en particular una, que tengo á la vista, acuñada en honor de Augusto, la cual lleva en el anverso el busto laureado del emperador y alrededor del mismo la leyenda *IMP. A U G U S T V S P P. (Imperator Augustus pater patriae)*, y en el reverso la palabra *M V N. (municipium)* dentro de su laura, y sobre esta, se lee *T V R E V A S O*; pero repito que son varias y de distintos cuños las que contienen la expresión de municipio. Algunos numismatas, y entre ellos Havercamps, poco versados en lo que concierne á España, han dicho que fué colonia fundándose en que muchas de sus monedas tienen grabado un toro, y partiendo del error de que los romanos simbolizaban la colonia con la imagen del toro; de seguro no hubieran caído en aquella equivocación si se hubieran fijado en otros ejemplares, que tal vez no pudieron gozar, los cuales contienen el toro y además el monograma *M V N*. Los romanos no se valieron de ese signo para representar la colonia, sino de una yunta de buyes guiada por un sacerdote vestido con el púlio y velada la cabeza, denotando con esta alegoría al ministro que va demarcando los límites que han de encerrar la ciudad erigida en colonia, como puede verse en innumerables medallas de Mérida, de Tortosa, de Zaragoza, etc., etc., que fueron verdaderas colonias.

El toro grabado en las referidas monedas se explica natural y fácilmente por la etimología de Turiaso, y sa-

biendo que las primeras armas de la ciudad consistían en aquel emblema de su bravura y de su fuerza, así como hoy se componen con un castillo, de cuyas puertas salen unos sarmientos con racimos y á los lados dos escudetes con las barras de Aragón. En su antigua divisa se lee: *Tubal Cain me edificó, Hércules me redificó.*

En el delicioso paseo de la Rudiana (*Rus Diana*) se conserva en muy buen estado, y ocupa por cierto una situación encantadora, un edificio de purísima arquitectura romana que entre la gente del pueblo se conoce con el nombre de *Casa de los moros*; á pesar de lo que se ha escrito no es cierto que ni la estatua de Diana, vaciada en yeso, que se ve en una hornacina abierta en el descansadero de la escalera, ni las delicadas y brillantes pinturillas que adornan los techos de esta vivienda sean romanas; así como en lo exterior, y especialmente en el hueco y dovelaje de la puerta se han hecho reformas en diversas épocas, hasta en la más remota, así también sin duda por un deseo mal entendido de embellecerla, se ejecutaron obras en la parte interior, se pintaron las bóvedillas y aquellas grecas que recuerdan el Renacimiento y se colocó la imagen de la hija de Latona, pobre estatua que no honra al artista de cuyas manos saliera.

De la dominación de los godos apenas han quedado otros recuerdos que los eclesiásticos, los que se refieren á la erección y brillo de la silla episcopal, cuyos prelados asistieron á los concilios góticos; pero ni aun es fácil fijar, en medio de las densas tinieblas de aquel tiempo, la fecha en que ésta debió crearse, porque no existen documentos para ello, y el mismo padre Argai, tan diligente en investigaciones de este género, no pudo hallar luz para penetrar en la oscuridad de su antiquísimo origen.

Ni son muy abundantes tampoco las noticias que han llegado hasta nosotros acerca de la invasión de los árabes en aquella tierra; sábese que se rindió en 713 á Muza y al cándido Tavek, que después de tomar á Zaragoza vinieron con gran golpe de gente sobre nuestra ciudad, y que al apoderarse de ella respetaron la religión y las leyes de sus moradores, los cuales sucedieron, si bien por poco tiempo, el yugo de los dominadores hacia los años de 723; más tarde se estableció un waliato importante que dependía de Córdoba, y comenzaron desde luego las correrías de los cristianos que se organizaban en el Pirineo, y no concedían tregua ni descanso al wali, que tenía que recibir auxilios de los de Zaragoza, Huesca y Fraga para rechazarlos; la más famosa de estas correrías fué la que en 1040 llevó á cabo D. Fernando I de Castilla; pero puede asegurarse que apenas se gozó un día de paz, hasta la reconquista, que algunos historiadores, y entre ellos Mariana y Argai, atribuyen á don Alonso el Batallador I de este nombre en Aragón, y suponen tuvo lugar el año de 1116.

Desde este momento empieza Tarazona á tener como pueblo fronterizo, fuerte, rico y con sede episcopal, una importancia extraordinaria; no reconoce superioridad más que en Zaragoza, ocupa siempre el segundo asiento en las Cortes, sus obispos toman parte en los hechos políticos y militares más señalados y firman al lado de los de la Metrópoli; celebrábase aquí bodas régias, se ajustan concordias, se fentan concilios y Cortes y de frecuentemente hospedaje á los monarcas del reino y á los de los fronterizos que disputan sobre su posesión por espacio de algunos años.

En efecto, después del desastroso fin del emperador D. Alonso I se creyó con derecho para sucederle en la corona de Aragón el rey de Castilla D. Alonso hijo de Raimundo y de doña Urraca, y ocupó á Tarazona; pero cedíola luego en feudo á D. Raimundo el Monje, en virtud del concierto celebrado con éste, el cual la pasó en la misma forma al conde de Barcelona, D. Ramón Berenguer, por el tratado hecho en Carrión en 1137. En objeto Tarazona de tantas, tan encontradas y menudadas ambiciones, que durante todos los siglos medios apenas disfrutó de sosiego y tan pronto pertenece á la corona de Aragón como va á cagastarse en las de los vecinos reinos. Siete años después de aquella fecha se apoderó de ella el rey de Navarra, más tardó poco en volver al dominio del príncipe aragonés, que la dió en 1152 á doña Teresa Casal, madre del rico-hombre D. Pedro Atarés, con facultad de legarla á sus deudos; aún fué presa una vez más de la codicia de los navarros, que la cobraron sin grande esfuerzo y la perdieron nuevamente en 1167.

Hicieronse allí en 1174 los desposorios de D. Alonso VIII de Castilla con doña Leonor, infanta de Inglaterra, hija de Enrique II y de doña Leonor, siendo padrino el rey de Aragón, y hubo, según uso, magníficas fiestas á las que concurrieron no pocos prelados y ricos-hombres de una y otra parte, el arzobispo de Burdeos y los embajadores de Inglaterra. También el año 1177 per-

maneció el rey en Tarazona breves días, y se partió para disponer la conquista de Mallorca y de Menorca, de la que hubo de desistir por haber ocurrido entonces la muerte de Gerardo, conde del Rosellon, de cuyo Estado se apresuró aquel á tomar posesión por no haber dejado este hijos.

Levantaba D. Pedro II, en 1212, la gente más florida de Aragón para ayudar con el de Navarra á su aliado el monarca de Castilla D. Alonso el Bueno en la guerra contra el de Marruecos, y dió lugar preferente entre sus capitanes al obispo de Tarazona D. García Frontin I, de quien dice un historiador antiguo que tan pronto le hallaban en el campo, armado, combatiendo á los enemigos, como en el coro, y vestido de hábito rezando con sus canónigos; asistió este prelado al lado de D. Pedro y de D. Berengual, obispo de Barcelona, á la memorable batalla de las Navas de Tolosa.

El año 1221 dió noble hospedaje á otros monarcas, pues terminadas las bodas de D. Jaime y doña Leonor, hermana de doña Berenguela y tía del rey Santo don Fernando, celebraron las relaciones en la iglesia de Santa María de la Vega (la catedral), armándose en aquel acto caballero el rey, que sin duda alguna no preveía al solemnizar ostentosamente aquel fausto suceso, que ocho años después, y en aquel mismo templo, se declararíá disuelto y nulo su matrimonio; en efecto, roto éste (después de haber nacido el infante D. Alonso), á causa del parentesco que entre los cónyuges existía, pues ambos eran nietos de D. Alonso VII de Castilla, envió el Papa Gregorio IX un legado á España á fin de que se tratara tan grave negocio con el pulso y detenimiento que su importancia requería, y como era prudente y necesario oír el consejo de varones señalados en virtud y letras, se juntó un concilio en nuestra ciudad con el prelado titular de esta, los arzobispos de Toledo y de Tarragona, y los obispos de Burgos, Calahorra, Segovia, Sigüenza, Osma, Lérida, Huesca, y Bayona; el Concilio anuló el matrimonio, pero declaró legítimo y heredero de la corona á D. Alonso, como habido en la buena fé y creencia de que dicho matrimonio era subsistente, y aquella infeliz señora se encerró en el monasterio de las Huelgas de Burgos, donde vivió y murió santamente: no ha perdido el nombre de calle de los Siete Obispos en Tarazona, aquella en que tuvieron su posada otros tantos de los que pronunciaron tan célebre sentencia el día 30 de setiembre de 1229.

Don García Frontin II, sucesor y sobrino del prelado que hemos mencionado, estuvo con D. Jaime en el sitio y entrada de Valencia, y fué uno de los que hicieron el fuero por donde se habia de gobernar los nuevos pobladores cristianos (en su mayor parte catalanes y aragoneses) que el conquistador puso en aquella ciudad, cuyo fuero creo que se otorgó en 1238.

Muchas fueron las visitas que hizo D. Jaime á la ciudad, obligado por necesidades de diversa índole, ya por las frecuentes alteraciones que se movieron entre los reinos de Castilla y de Navarra, y singularmente entre dicho D. Jaime y Alonso X, ya por atender al cuidado de los negocios de la reina viuda de Navarra, doña Margarita, que le habia encomendado los intereses de sus dos hijos menores de edad, y ya por último, para poner en claro un ruidoso hecho, que prueba cuán antigua es en España la lucrativa industria de acuñar moneda falsa, y para castigar ejemplarísimamente á los autores del delito que Zurita refiere con las siguientes palabras: *Finose el rey de Navarra á Tarazona, porque tuvo información que algunas personas principales habian labrado moneda falsa de los cuños de Castilla y Aragón, y batian maravedís de cobre y los cubrían con una hoja de oro tan artificioosamente que se habian esparcido en grande cantidad por toda España.* Dió lugar el descubrimiento de este delito á la instrucción de un proceso terrible, y en virtud de sentencia que se pronunció en el mes de octubre de 1277, se hizo justicia en muchos de los reos presentados, muriendo *quispoda*, además de otras personas que no pertenecían á la plebe, una señora llamada doña Elfa, mujer de D. Pedro Jordan, señor de Santolalla; esta señora fué arrojada al Ebro dentro de un saco, según cuenta el cronista Miedes, á igual pena sufrieron otros reos, quedando confiscados los bienes de los que, como Blasco y Pedro Pérez, hermanos del Justicia de Aragón Juan Pérez de Tarazona, no pudieron ser habidos. No debe extrañar este rigor de D. Jaime á los que saben la severidad que se empleaba en aquellos tiempos y en otros más próximos á los nuestros con los monederos falsos, plaga social tan antigua como la misma moneda, que hizo estragos en Roma en el siglo de Augusto, que se ha extendido, á pesar de la severidad de las leyes, por todas partes, y se ha propagado en España más que en ninguna otra parte del viejo y nuevo mundo.

Concertaron los reyes de Aragón y Castilla verse el 27

de marzo de 1281 en el Campillo Suzano, lugar entre Agreda y Tarazona, donde por estar la muga ó línea divisoria de los reinos se celebraron muchas entrevistas reales, tratados y concordias en diversas épocas, y allí se echaron las bases de una alianza más estrecha y segura, porque debiendo D. Pedro III partir para la conquista de Sicilia, quería dejar arreglados y en orden los asuntos interiores. Prolija é inútil empresa me parece la de indicar las nuevas visitas que este rey caballero, el que más afección y cariño mostró á Tarazona, hizo á la ciudad. De allí salió con cuarenta caballeros para encontrarse con su competidor Carlos de Anjou, cuando éste le desafió con públicos carteles señalando campo en Burdeos. A su vuelta convocó las Cortes de 1283, en las que los nobles y ricos-hombres expusieron sus agravios y pidieron la confirmación de sus fueros, de sus libertades y de sus honores, y que el rey tuviese siempre entre sus consejeros uno de la ciudad, quejas que D. Pedro desatendió por el momento, dando lugar á que los nobles se juramentasen, según la costumbre, para defender sus derechos, y á las complicaciones que amargaron el reinado de su sucesor D. Alonso III.

Perseveró éste, por su mal, algún tiempo en la política de su padre con los señores de vasallos y masnadas, y del desacuerdo entre el monarca y los nobles surgieron grandes disturbios y escándalos que pusieron á aquel en camino de templar sus aceros y de satisfacer los intentos de los ricos-hombres, otorgándoles el privilegio que se llamó de la Unión; pero esta forzada condescendencia hubo de hacer nacer rencorosos sentimientos en el corazón de D. Alonso que estallaron violentamente más tarde, pues viniendo á Tarazona de unas vistas que tuvo en Oloron con el rey de Inglaterra mandó prender á muchos y principales vecinos de aquella, condenó á muerte á doce de ellos y confiscó los bienes de los demás contra fuero y justicia, de lo que se originaron nuevas y terribles alteraciones que crecían por momentos y hubieran ido muy lejos á no haber cedido otra vez el príncipe, que se concordó con los nobles de la Unión y les concedió cuanto habían pedido, devolviéndoles los bienes malamente detenidos y ofreciendo hacerles satisfacción en la forma que se la propusiesen de las muertes ejecutadas; tal vez influyó en estas mudanzas de conducta, y acaso de una manera decisiva, la presencia del conde D. Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya, que vino á Tarazona en este año de 1289 á tratar de hacer un arreglo entre el monarca aragonés y D. Sancho el Bravo, sobre la detención de los infantes D. Alonso y D. Fernando, hijos del de la Cerda, detención que tenía por objeto impedirles tomasen posesión de los Estados de Castilla, y como hijos de llegar á una avenencia se rompióron las hostilidades entre los dos reinos, es muy natural que á la vista de peligros exteriores se apresurara el rey á componer y apaciguar las querrelas de su casa, como lo hizo, pertrechando y fortificando además á Tarazona, y dedicando toda la atención á la guerra que comenzaba.

Gozó también Tarazona de la presencia de Santa Isabel, reina de Portugal. Es de todos sabido que ganada Murcia por castellanos y aragoneses, disputaban éstos sobre la conquista, que cada una de las partes pretendía utilizar en provecho propio con exclusión de la otra, y que para dirimir la contienda fué nombrado árbitro el rey de Portugal D. Dionís; para desempeñar leal é imparcialmente el encargo que habia aceptado se trasladó á la ciudad, acompañado de su Santa esposa, que era hija de D. Pedro III y hermana del monarca á la sazón reinante D. Jaime; convinose en que se firmaría el laudo, por todos acatado, en el pueblillo de Torralbas, que dista media legua de Tarazona, y en albricias del feliz término que alcanzaron estas diferencias hubo vistosas y magníficas fiestas honradas con la asistencia de los reyes, de los príncipes y prelados y de los más ilustres y preciados señores, de los cuales fué tan grande el número que sólo al de Portugal acompañaron mil caballeros de los mejores linajes.

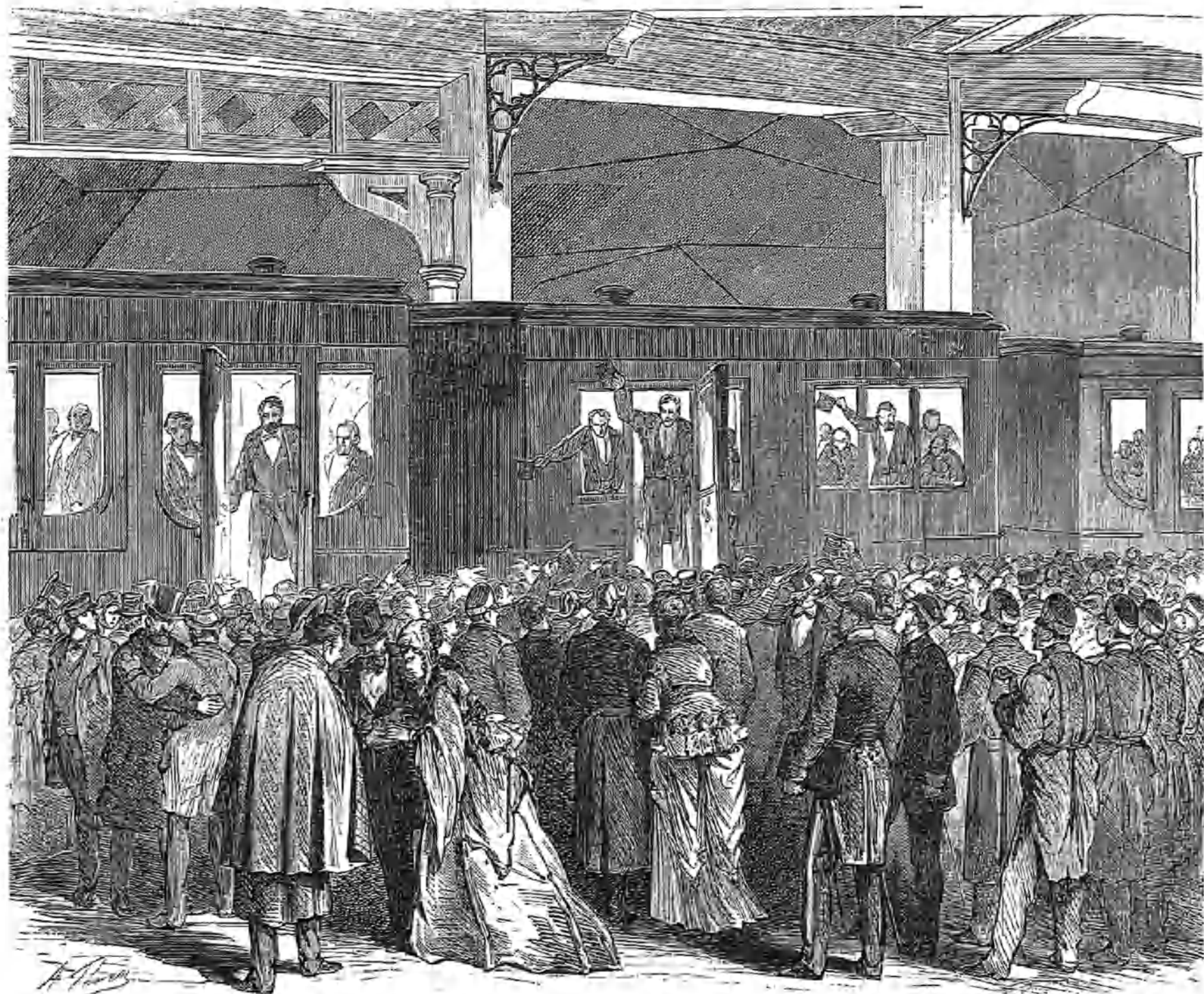
Por aquellos tiempos ascendió á la silla episcopal el célebre D. Miguel de Urrea, llamado el *Nigromántico*; descendía el sabio Urrea de nobilísimo origen, y aún suponen algunos escritores que procedía de emperadores de Alemania, aunque es más juicioso fijar su abolengo en los reyes de Sobrarbe y condes de Aragón; versado en las ciencias matemáticas, en la astronomía y en el derecho pasó á los ojos del vulgo, particularmente durante los mejores años de su juventud, como entregado á las especulaciones de la filosofía oculta y á la práctica de la alquimia y de la magia, y de tal suerte se extendió el extravagante rumor que le acusaba de nigromante, que aún se lee al pie de la alfombra de este prelado, la cual existe en el palacio episcopal, la siguiente curiosa inscripción: *Michael de Urrea, artis nigromantie pé-*

ritissimus, *Demonis ars est etiam arte delusi* (Miguel de Urrea, peritísimo en la nigromancia engañó al demonio con su misma arte). Dos años después de la muerte de este exclarecido obispo, en 1318, fué elevada á metropolitana la iglesia de Zaragoza por gracia pontificia de

porque no se usaba en su tiempo; pero si la conocieran, estoy seguro de que se volverían á sus tumbas pronunciándola.

Otro mortal inspirado pudo decir también á sus contemporáneos estas ó parecidas palabras: «Vosotros, para

Pues pasad la consideración á otros descubrimientos debidos acaso á mera casualidad, si bien entró luego el perfeccionamiento por medio de la observación y del estudio. Me refiero á esa invención moderna del vidrio y del cristal, que tuvo tan asombrosos resultados para



DESPEDIDA DE LA COMISION CONSTITUYENTE EN LA ESTACION DEL CAMINO DE HIERRO DEL MEDIODIA.

Juan XXII y pasó la de Tarazona, que hasta entonces estuvo adscrita á la sede de Tarragona, á ser sufragánea de la primera.

(Se concluirá.)

ROMAN GOICORROTEA.

UTÓPIAS.

(Conclusion.)

Pero hay más todavía: figuras favorecidos por Dios, durante un momento, con el poder de evocar á los que fueron; resucitad á Rafael, á Murillo, al Ticiano, á todos y á cada uno de los grandes pintores que no existen, y decidles que una pequeña cámara oscura vá á reproducir todo sobre el papel en unos breves instantes, aprisionando los rayos del sol, que son los únicos artificios y agentes de esa obra; repetidles esto formalmente, y todos y cada uno de ellos os asegurarán que os habeis vuelto loco. No emplearéis la palabra *utopia*,

solemnizar, para señalar, para transmitir á las generaciones futuras un acontecimiento notable, un episodio de vuestra historia, ó un afecto de vuestra alma, levantais pirámides gigantescas, columnas monstruosas, monumentos costosos. Queréis immortalizar vuestro nombre y vuestros hechos amontonando piedra sobre piedra, que el tiempo y las invasiones de vuestros enemigos se encargarán de destruir y pulverizar. Pues bien: andando los años vendrá un hombre y con él una teoría que destruirá vuestro sistema y os hará verdaderamente inmortales. Desde el instante en que ese hombre os dé á conocer la fuerza de su soberbia inventiva, podéis transmitir fácilmente no sólo vuestros nombres sino también vuestros pensamientos y vuestras palabras. El sistema será sencillo y poco costoso, y podrá multiplicarse hasta lo infinito con la mayor prontitud. El nombre de ese inventor irá á par de los vuestros de generación en generación, y su descubrimiento durará tanto como el mundo. Se llamará Guttenberg, y os dará á conocer la imprenta.

¡No es verdad, lectores míos, que este anuncio hubiera parecido una verdadera *utopia*!

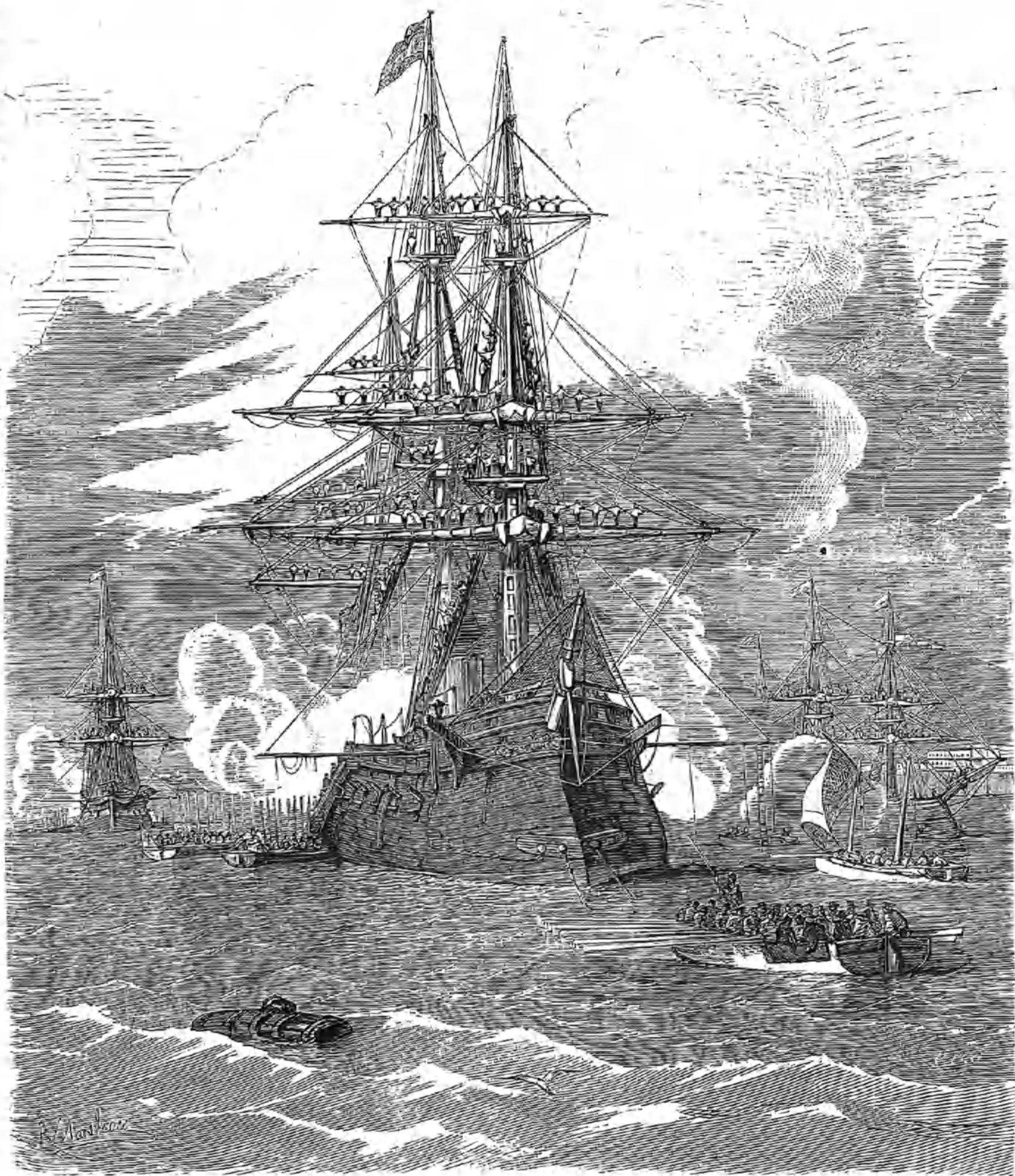
las ciencias; me refiero al telescopio y al microscopio, que han abierto á los astrónomos y á los naturalistas inmensos y maravillosos espacios.

✱

La invención del microscopio debe ser mucho más antigua que lo que algunos han supuesto, toda vez que Séneca habla ya en uno de sus libros de tan notable instrumento. Esto prueba que el vidrio no es una invención moderna, como varios sabios procuraron demostrar: siendo á la vez desmentidos estos sabios por el hallazgo de cuatro vidrios que estaban, según cuentan, engastados en uno de los balcones de cierta casa descubierta en las excavaciones de Pompeya.

Dícese que el telescopio fué inventado en 1609 por un holandés llamado Jacobo Meelio, y que más tarde le perfeccionó Galileo; pero hay otros datos que hacen creer que su uso fué mucho más anterior, no faltando tampoco quien se extienda á suponer que ya lo emplearon los antiguos sabios egipcios al hacer sus observaciones astronómicas.

De todas maneras, la fecha nos importa muy poco. La



EMBARQUE DE LA COMISION DE LAS CORTES CONSTITUYENTES EN LA BAHIA DE CARTAGENA.

invención pueda datar de cien, de quinientos, de mil ó de dos mil años, sin que esto quite un ápice al valor del descubrimiento. Un mes, un día, un momento antes de hacerse éste, hubiera parecido mentira, hubiera parecido la más necia de las utopías que los orbes fuesen á presentar como por encanto á nuestra vista nuevos é inexplorados espacios, nuevas é inexploradas series de mundos completamente ajenos á nuestra limitada percepción natural.

* * *

Los aires, la tierra, los mares, las fuentes, casi todo lo que existe en nosotros mismos, se manifestó al través del microscopio animado por millones de seres vivientes cuya enorme pequeñez infunde admiración y aturdimiento. En una gota de agua ó de vinagre se vieron sobrenadar esos seres infinitesimales que el naturalista llama animales infusorios. El mundo de los insectos invisibles é impalpables existe con nosotros y tal vez por nosotros, y no acertamos á descubrirlo; sustentada la máxima de que con un pedazo de cristal habríamos de ver esas maravillas, ¡no hubiera sido *a priori* considerada como una teoría ilusoria de imposible realización! Y sin embargo, la utopía ha dejado de serlo.

Lo mismo puede decirse de esos otros poderosos auxiliares de la visión. Los telescopios, doblando, multiplicando su potencia de un modo sorprendente, nos han abierto el ancho campo de los cielos, mostrándonos multitud de astros y constelaciones que á la simple vista nadie había podido descubrir. Sea cual fuere la fecha en que se hizo por primera vez uso del telescopio para estudiar el curso y apreciar la magnitud de los cuerpos celestes, es lo cierto que hasta la época en que nació Galileo (1564) no se habían hecho grandes observaciones astronómicas con el concurso de esos magníficos anteojos. Galileo consiguió al fin la construcción de lentes que aumentaban treinta veces los objetos. De este modo la luna, que dista sobre 30.000 á 90.000 leguas de nuestro globo, se aproximó á la vista del sábio astrónomo hasta una distancia de 3.477 leguas, si no me equivoco en mi cálculo. ¿Quién había de decirle que en nuestros días se había de construir otro telescopio (el de John Herschel en Parsonstown), que aumenta seis mil quinientas veces y presenta á nuestro estólido sólo á la distancia relativamente insignificante de unas diez y seis leguas?

De todos modos, Galileo, lo mismo que Bacon, lo mismo que otros muchos sábios, fué acusado y perseguido por los que consideraban meras utopías é artificios diabólicos tan soberbios descubrimientos.

* * *

Me dirá tal vez alguno de mis lectores que la palabra *utopia*, que hoy se emplea en sentido irónico para reclamar peligrosas teorías, no es aplicable á las ciencias físicas, que nadie niega ya, sino más bien á ciertos proyectos político-sociales. Pero ¿quién podrá negarme que el impulso comunicado á las primeras no ha de imprimir nuevas y diferentes rumbos á las segundas?

¿Creeis por ventura que esos adelantos materiales, que esos descubrimientos no han influido ya grandemente en la formación de las odiosas leyes y en el modo de pensar de los pueblos? Hoy no puede vivirse como ayer, porque el impulso dado á las ciencias, á las artes, á la industria y al comercio, nos arrastra rápidamente en busca de la perfección y del progreso moral y material. La máquina de vapor, el telégrafo eléctrico, la imprenta, la perforación de los túneles, las grandes máquinas que han dado esplendor á algunas naciones de Europa y formado en breve espacio de tiempo la gran república de los Estados Unidos de América, son otros tantos vehículos de las ideas; otros tantos lazos de amor y concordia entre los hombres; otros tantos torrentes de luz que acabarán por iluminar todas las inteligencias.

Cuando las sociedades primitivas lo subordinaban todo al terror que les infundían las causas exteriores; cuando los sábios no habían explicado todavía los fenómenos de la naturaleza, la ignorancia y la superstición, interpretando pavorosamente esos mismos fenómenos, vieron al través del rayo, al compás de los truenos, al resplandor de los volcanes y á la par de los eclipses ó de los temblores de tierra, un Dios implacable, amenazador, sañudo y vengativo. Más tarde, dándose ya cuenta de algunos de esos fenómenos, ó temiendo menos sus efectos, pero calumniando siempre á la divinidad, el hombre se sobrepone á sí mismo, quiere ser menos débil, y trata de inaugurar lo que se ha dado en llamar el período heroico de la historia del mundo. De este período brota la distinción de razas, y nacen los nobles y los plebeyos, los tiranos y los esclavos, con todos los horrores de las invasiones sangrientas. En esos tiempos,

sin embargo, hay una paz universal, y nace el Hombre-Dios que predica la más sublime, la más santa de todas las utopías. Con la doctrina del Evangelio se proclama y establece el reinado de la paz, de la fraternidad, de la virtud y del amor.

Desde entonces las ideas de cariño y de odio, de soberbia y de humildad, de libertad y de despotismo, se han disputado el palanque con verdadero encarnizamiento; pero el bien ha ido ganando terreno á pasos de gigante.

No tenemos espacio para desarrollar extensamente nuestro pensamiento, y vamos á condensar cuanto nos sea posible todo lo que en este instante se agolpa á nuestra imaginación.

Dios (pues sólo Dios ha podido hacerlo) ha puesto en el fondo de nuestra alma el instinto de lo bello. Todo lo que es bello debe de ser, puesto que procede de Dios, perfectamente realizable.

Toda teoría, plan ó sistema que halague á la generalidad de los hombres y que no traiga consigo la repulsión del alma y del sentimiento, encierra desde luego el germen de su posible realización.

La *utopia*, en el sentido que se dá á esta palabra, no existe.

Utopía hubiera parecido, allá en la Edad Media, el que se hubiera anunciado la desaparición de los grandes feudatarios que oprimían á los pueblos; *utopia* se hubiera juzgado en la época del Renacimiento el pronóstico de la extinción del espíritu de conquista; por *utopia*, en fin, se habría tenido el que de los montones de cenizas, formados por las hogueras del llamado Santo Oficio, hubiesen de brotar alguna vez las ideas de tolerancia, de amor y libertad que se hallan más en armonía con las sublimes máximas del Evangelio y que van echando hondos raíces en todas partes.

Y sin embargo, todo eso ha sucedido.

Verdad es que aun en los tiempos presentes son consideradas como peregrinas *utopías* muchas nobles aspiraciones que brotan de los corazones generosos.

Estas aspiraciones no están circunscritas á los reducidos límites de una sola idea. Se quisieran acomodar á todos los ámbitos del mundo.

¿Podrán realizarse alguna vez?

¿Quién sabe!

* * *

Vosotros, los que atesorais ideas benéficas; los que habeis soñado en la completa abolición de la esclavitud, en la extinción de la tiranía, en el reinado de la libertad y del orden; los que, sin hacer gala de un exagerado liberalismo, creéis sin embargo en la posibilidad de llevar á cabo la unión de todos los pueblos y la concordia de todos los gobiernos; vosotros, sábios de todos los países, de todas las épocas, que habeis contribuido con vuestros portentosos adelantos y trascendentales descubrimientos á poner en contacto las naciones; vosotros, hombres de genio y de corazón, que flais vuestro triunfo á la lucha pacífica y constante de las ideas; seguid, seguid trabajando siempre en el mismo sentido con igual fe y perseverancia. Realizados vuestros generosos propósitos y difundida por todas partes la civilización, que no está reñida con el cristianismo, los que hoy se burlan de vosotros tendrán que cantar la palinodia y que confesarse derrotados. Probad con vuestra palabra y vuestros ejemplos que pueden existir repúblicas ó monarquías, el nombre poco importa, en donde la honradez, la justicia, la dignidad, el amor mútuo, el trabajo y el talento, sean los únicos árbitros y los únicos dominadores de la sociedad.

* * *

Si eso llegara á conseguirse, la palabra *utopia* ó *utopía* desaparecería tal vez del Diccionario; pero la humanidad levantarla estatuas á los hombres que, como Tomás Moro, gran canciller de Inglaterra, creyeron acaso posible lo que el orgullo de los intransigentes, el interés de los despotas y la incredulidad de los necios ha procurado y procurará retardar todavía mucho tiempo.

Por fortuna, el verdadero progreso universal, impuesto por Dios á los hombres, seguirá constantemente su ruta uniforme, incontrastable y majestuosa.

Cuando ménos, está averiguado que esto no es una *utopia*.

M. CARRILLO DE ALBORNOZ.

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

UNA ACADEMIA.

(Conclusión.)

Con notables plácemes y general regocijo fué recibida de los académicos la pragmática del presidente, que todos celebraron por ingeniosa y digna de que se hiciera ley universal para mejorar muchos de los abusos que eran ya perniciosos en la república de las letras.

Cuando se apaciguó el murmullo, el presidente dijo que los demás académicos fuesen leyendo sus obras; pero que todos tendrían á gran merced si el forastero que había venido con Azpurua era servido de leer alguna cosilla que trajese.

Excusóse diciendo que el haber sabido de improviso lo de la academia no le había permitido prepararse, y todo ello lo decía con tan buena gracia y tan dulce y melodioso acento, que le ponía más en deseo de leerle.

El bachiller Laguna era quien más atentamente miraba al de los anteojos, porque le traía yo no sé qué recuerdos á la imaginación, pero callaba.

No así los otros, que tanto porfiaron que concluyeron por hacerle decir que acaso llevara por las faltriqueras un romance que había escrito noches pasadas, que aunque hijo mal nacido de su villano ingenio, y nunca digno de medirse con los muy legítimos de aquella docta asamblea, había de leerlo, siquiera por corresponder con su dócil voluntad á la mucha buena que le manifestaban.

Requirió, pues, los bolsillos y topó al fin con un papelito arrugado y lleno de tinta, que desdobló, y entonces con voz algo conmovida, y despues que hubo mondado el pecho con dos tocas, leyó el siguiente

ROMANCE.

Ayer, á boca de noche,

Con la que el día bosteza,

Aparecióse el diablo

En figura de una suegra.

¿Cuál no sería mi susto

Plenose un casado cualquiera,

Y el Lucifer podría

Tomar figura más fea.

Vino á boca de noche,

Como al alba incesante,

Siendo suegra y siendo diablo,

Fuese á maldecir pequeña.

Aunque con aquel talante

Se me hizo el diablo de nuevas,

Hiciele la cruz al punto,

Pero no se hizo de penas.

A cuerpo quemado oía,

Y díome en rostro la esencia;

Que como no soy del gremio

No me dio sobre las cejas.

Hablóme con voz quebrada,

Remedando en su buca,

Los suspiros y los suspiros

Y dos palabras á media.

En boca, devota á Dios,

Trascendía de una legua,

Entre dos medios colmillos

Portazgo de Valdepeñas.

En barba, de cuando en cuando

Solicita y altaera,

Venia á echar el momento

Mediéndose en la contienda;

Y á no ser por la nariz

Que torció de medianera,

Solo tuviera la boca

Disturbada con las cejas.

Asíome con unos garbales

Que ostendí que manos eran,

Porque conocí ser unas.

Tas que jugué espaldas negras.

Como me llamó (hijo mio!

Tomóme un susto de cuenta,

Porque me creí su yerno

Si la comarta ni hubiera.

Hablóme en renglones todo,

Como quien habla en su lengua,

Que es el idioma corriente

En el país de las suegras.

Aunque hablaba por los colos

La boca no estaba queda,

Y aunque grande, parecís

Para tanto hablar pequeña.

Resaltante las palabras

Por dientes y por dientes

Que, por huir de su boca,

Salíame más de pesca.

Habló de sus verdes años,

Y de cuando fué doncella,

Tiempos que de fabulosos

* *Alambrase* *negras* *negras* á las que llevaban zapatilla y tenían los filos embolados ó cortados y eran empleadas por los maestros ó maestros para enseñar á escribir.

Más de cuatro los motejan.
Dijo qué verdades dijo!
Mas no puede ser que sea,
Porque suegras y verdades
No se vieran jamás cerca.
Quejas dióme de su verso,
Porque sólo daba quejas,
Y como yo no las diese
Tomólas á buena cuenta.
Maldijo de tal oficio,
Y juró por las estrellas
Que si naciera dos veces
Monja la segunda fuera.
Tal habló y con tal empeño
Persegúeme sin tregua,
Que pensé que en vez de sombra
Hacia mi cuerpo suegra.
Llegué á temer si por suerte
Sería mi hora postrera,
Y si cómo atos de viejo
Yo me moría de vieja.
Mil veces dejarla quisé,
Mas como si no quisiera;
Que no había jamás punto
Por no dar punto á su jerga.
Hablaban con tales belos,
Que llegué á pensar de verme
Que todos sus setenta años
Hablaban juntos por ella.
Sospeché se proponía
Dar de los vocablos cuenta,
O que era su hablar un morbo.
Como la sarna á la lepra.
Quise restañar su boca,
Como una herida se venda,
Más reventó por un lado
Y se desangró en arengas.
En fin, en unas y en otras,
Llegamos hasta mi puerta,
Y dándole en los hocicos
La dejé en la callejuela.
Y ni en la calle callaba,
Callo teniendo en la lengua;
Y aún hablaba al otro día
Cuando salí de la siesta.

No menores muestras de contentamiento dió la academia con la lectura del neófito, y el presidente la ofreció, desde luego, un puesto entre los académicos, que el manchego rehusó con modestia poco usada; pero por fin quedó establecido que sería uno de tantos, y preguntándole qué nombre le cuadraba más, dijo que el de *Vengador*, por tener relacion con algun suceso de su vida, que acaso sabrían.

Llegó su turno de leer al doctor, que se decía D. Bernardo Ladron de Guevara, porque, como él repetía á cada paso, *Ladron sin Guevara, novate nada*.

Era el tal flaco, á manera de caña: los ojos hundidos, con vaciadas de colodrillo; los labios delgados y sin color, así como todo el rostro, y la voz le sonaba aflautada.

Iba todo vestido de negro, como aposentador y despensero de la muerte, á quien todos los dias sazónaba platos nuevos; de modo que decían sus conocidos, motejándole al propio tiempo del subido salario de sus visitas, que el doctor D. Bernardo era Ladron, no sólo de Guevara, sino de todo el género humano, y asesino por añadidura.

Con todo, en los ratos en que envainaba á Galeno solía tomar el pulso á las Musas, y como prueba de los honestos favores de tales doncellas, leyó en la academia los siguientes:

TERCETOS.

SONO: QUÉX HA HECHO MÁS VÍCTIMAS, LOS MÉDICOS Ó LAS ARMAS

Yo, el temer de los hijos de Esculapio,
En un asunto, que lo juzgo propio,
No el labio selló, ni la boca tapó;
Pues aunque no es precio grande acopio
De solitas razones y eficaces,
Quisiera agora más fuera impropio.
No fué en su opinión los pertinaces,
Sin tan parecerse al razonar,
A cualquier adversario le ven lares,
¿Qué le que tenga corriente las funciones
De todos los sentidos y potencias
No á risa tomar sus pr tensiones?
En un parte combates ó pendencias
Hacen las armas solas más estrago
Que un millón de doctores y doncellas,
Dix que de nuestro error el tiro aciago
Ló sepulta la tierra cautelosa,
Y al el golpe se siente ni el amago;
Y que en dorada copa y primorosa,
Lloro azucarado y halagüeño
Idem, en vez de salud, muerte angustiosa,
Ponderan con entusiasmo no pequeño
Los tiempos en que Roma no sobra
De bollos y diobros el empuer,
Y al otros elogios á paría,
Y tales afirmaras, no páreco
Sino que matar entonces se moría.
Todo contra nosotros se enbravecé,
Y de impropiedades sin cesar nos llenó
Qué en después en nosotros se gñarece.

Suegras hay, y por cierto ni una buena,
Que han hecho más estrago en esta vida
Que Hipócrates, Galeno y Avicena.
Cierto que al prepararse á la partida
Somos los que prestamos más ayuda
O causamos, á veces, la caída;
Pero que todos yerran ¡quién lo duda?
Es que llegó la hora, al fin y al cabo,
Y del hado fatal nadie se escuda.
Las manos, pues, sin aprension me lavo,
Y aunque, con todo, el caso fuese cierto,
Mueren con confesion de cabo á rabo.
Quede sentado, en fin, y así lo advierto,
Que las armas hicieron más ruina;
Y quien á manos de un doctor ha muerto
Acabó como manda la doctrina.

Tampoco se negaron aplausos al doctor, por más que, en opinion de algunos, tal vez no cumplió con la promesa, á no ser en lo de los tercetos, cadena de consonantes conque se esclaviza el pensamiento y se cortan los vuelos al ingenio.

Sentóse el doctor, y para que hiciesen maridaje las armas y las letras, el presidente invitó á D. Sancho, que pensativo se estaba en un rincón acicalándose el bigote, todo sumido en la lechuguilla, que tenía tales vuelos y era tan encarrujada que se diría que para aderezarla habían usado de un cañon de arcabuz en vez de abridor.

Levantóse á las comedidas razones de Avendaño, y pidiendo indulgencia para sus yerros, porque dijo que quien con frecuencia andaba vestido de ellos no era raro que en todo los usase, preparóse á la lectura.

Tan arrogante miraba al concurso y era tal la traza que había tomado al levantarse, que parecía pedir por derecho lo que había de otorgarse de mercad.

Desplegó entonces su cartapacio, y dijo:

SONETO.

— El diós de las pendencias y enajorra
Topó con Vénus al morir del día,
Y cómo dios de chapa y osadía,
Lo de repulgos de empanada ahorra;
Y torciendo el morrion, bonete ó gorra,
Y habiéndole de vos y señoría,
A diez pasos no más de la herrería
Del Cíclope burigron la modorra.
Y un día y otro más volvió á la seña,
Siendo de don Vénus recibido
Por una puertá falsa y una dueña;
Mas un día, en que, al postré, fué cogido,
Le dió Vulcano vaya no pequeña,
¡Qué no siempre el burlado es el marido!

Mucho celebraron este soneto, encareciendo por extremo que de un asunto burlesco y de tal naturaleza hubiera sacado un aprovechamiento saludable, burlándose de los que galantean á la mujer del prójimo.

Con esto se vió que D. Sancho manejaba no sólo la espada, sino la pluma, y uno de los bachilleres, con muy corteses razones, que parecían tener sus puntas de socarronería, le comparó al griego Xenofonte, al romano César y á nuestro Garcilaso de la Vega, en quienes era habitual ejercicio el de la espada y el de la pluma.

Entonces Avendaño dijo al licenciado Pero Lope de Azpuruaga, que pues habían ya leído varios postas, entre otros su ahijado el *Vengador*, era razon que lo hiciese quien había enriquecido la academia con los primores del neófito.

Accedió Azpuruaga, cuyo asunto era un romance á una dama, á quien, poniéndose un chapín, se le soltó un punto de la media, y empezó del siguiente modo:

Cuando el boquirabio Peño,
Desterrando la modorra,
Deja á la bella Arfélite
Rutre sí bronca ó no ronca;
La hermosa Pils, que en goños
De holandesas blancas ojas,
Saca lajeles de plata,
Con reinos de puro aljofar;
Alboreando de dos soles
Los clarísimas auroras,
De las playas del sosiego
Quiso abandonar las costas.
Las blancos puños, que dieron
A la nieve cien congojas,
Llevó al fuego de sus ojos,
Sin derretirse una gota.
Hizo agravios de jazmines
A su lumbré esplendorosa,
Pulimentando diamantes
Que luz, requeridos, brotan.
Quiero decir, porque entiendas,
Lector, esta gerizovaza,
Que se restregó los ojos
Para ver claro y sin sombras.
Cortando luego la espumina,
Que los hilos amontonados,
Mar afuera y sin estorpos,
Sallo de proa y de popa.
Vióse entonces un prodigio
De tal precio y de tal monta,

Que las siete maravillas
Son con el siete bicorna.
Dejo aparte su garganta,
Que por el cambray asoma,
Y es, tras dos nevados montes,
Aiba que lirios coronan;
Y hablo de aquellos cristales
Que se enajaron en forma
Que dos piernas parecían,
Siendo el nácar torpe cosa.
En almohadon de escarlata,
Ufano de lo que goza,
Apénas á la sostiene,
Segun es la carga poca;
Siendo en la púrpura aquella,
Que la recine gozosa,
Un manojo de jazmines,
En un campo de amapolas.
Por evitar que las auras,
Livianas y juguetonas,
Resen con blandos halagos
Aquellos preciadas joyas;
Grillos, labrados de seda,
Les enaja por custodia;
Mas cuando prendia escarchas
En las sutiles maxmorras,
Forzando la estrecha cárcel
Con dos manos rigurosas,
Tanto porfió el cautivo,
O era la prision angosta,
Que corriéndose del Hengo
Celosa malcelosa,
Salió la nieve por puntos
Por los que soltó de faja.
Pils, que vió el desacato,
Que na leve rumor pregona,
Siendo punto en que no admite
Que falten puntos ni comas,
Descalzándose la media,
Por tocar en punto de honra,
Con un aguzado acoró
Corrió sortijas la mora.
Ensartando una por una
Las que soltara en mal hora;
Volvió luego á su tarea,
Y, cuando acabó de todas,
Un chapin esgrimidor,
Que al pié, por la negra, emboca,
Le dió con la zapatilla
Y le tendió sin demora.
Y el cojin dejando entónces,
Aún muy ayuna de ropas,
Para tomar la busquina
Volvió Pils á su alcoba.

Fama de culto y muy afeitado poeta conquistó el vizcaino con aquel romance, del que se quedaron tan á buenas noches algunos de los académicos, cual si lo hubieran compuesto en su lengua nativa, y todos opinaron que, segun cultiparlaba, pertenecía de juro á la academia de los *Tenebrosos* y que pocos le llevarian la palma en sazónar oscuridades, dejando en tinieblas al concurso con la enredada madeja de sus conceptos, que no habria Teseo que lograra salir con ella de tan intrincado dedalo.

Satisfecho quedaba el inventor de aquello con el buen suceso que tenía, prometiéndose para en lo sucesivo gran copia de postas que extendiesen por todas partes la gloria de los *Tenebrosos*.

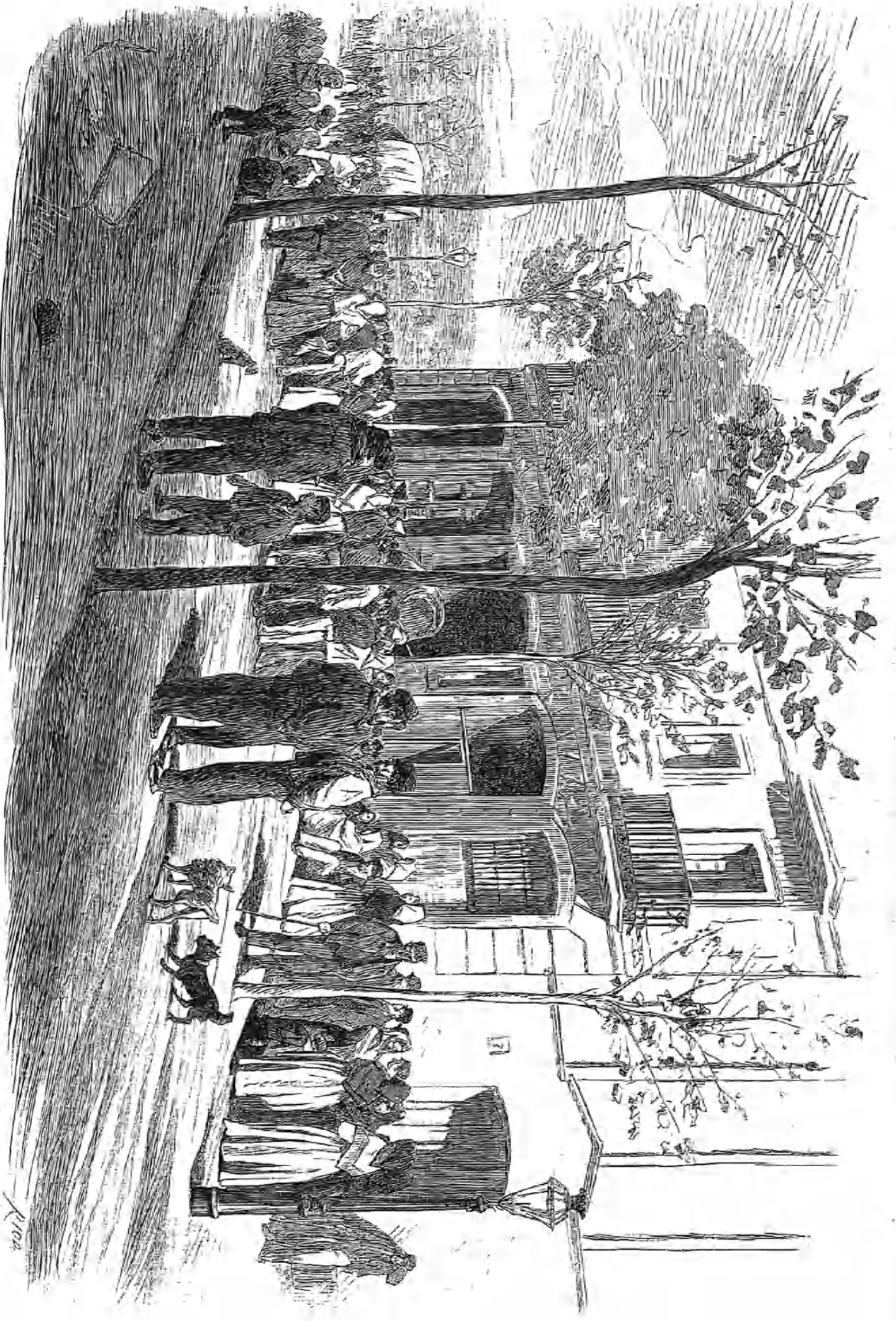
Varios de estos leyeron otras composiciones, á las que, como á caso obligado, se tributaron vítores, y el último turno tocó al bachiller Laguna.

Su asunto, como ya se dijo, era decidir en unas decimas cuál amor era preferible, si el de una doncella ó el de una viuda.

Abonado era el asunto para lucir su ingenio un poeta, y aunque en Laguna era mayor el deseo que las fuerzas, con todo, empezó la lectura de las siguientes:

DECIMAS.

No sé de qué lado acuda
A decidir la querrela
De si el amor de doncella
Es preferible al de viuda;
Pero pienso que mi duda
No tomará muchos creces,
Pues ya, en esto de viudeces,
De propia experiencia infiero,
Que es aquel que da primero
Como si diera dos veces.
Por que dos veces entrega,
Nectar que en sí se fabrica;
Copa, aunque en labores rica,
Que al labio dos veces llega;
Arbol, que en la verde vega
Dos veces da fruto y flor,
Y mujer que los de amor
A quien dar dos veces tope...
Arbol, mujer, flor y copa
Son que á menguan su valor.
Pera al brioso alazano
Que al freno docto no falta,
Y al volador perillalbe
Que al dueño vuelve á la mano,
Y al negro toledano
A que no halla la esgrima,
Lejos de que se deprima
Por marcos su atributo,
Són pájaro, espada y bruto
Que tienen mayor estima.



DISTRIBUCION DE BONOS EN BARCELONA DURANTE LA EPIDEMIA.

Riva



EL CAPITAN GENERAL PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS, DON JUAN PIM Y PRATS.

La nieve cuya blancura
No mancilla humana bellas;
La azucena, que desecalla
Con el alba que purpura,
Y la perla, en aguas pura,
Que, aun del mar en los embates,
No la pudieran maguatas,
Ninguno habrá que no apruebe
Son perla, azucena y nieve
De muy subidos quilates.
Racino que el sol no dora
Y tiene por zumo agraz;
Esmeralda cuya luz
No el artificio avigora,
Y estrella á que descolora
Muriendo el mayor planeta,
Aunque cada cual prometa
De hermosura gran tributa,
Son estrella, piedra y fruto
De perfectos no completo.
¡Qué extraño, pues, que perplejo
Dude entre opiniones distintas,
Si cada similitud me pida
El caso en tan vario espejo!
En plé la duda me dejó
Tras vacilaciones muchas,
Porque de amor en las luchas
Trasfieren al provocadas,
Quiénes, hisopos hallarlas
Y quénea, hallarlas dueñas.
Si la copa, árbol y flor
Son una vez más preciadas,
Y aves, y frutos, y espadas
Con enseñanza mejor;
Y si da precio mayor
A perla, azucena y nieve
Que su primor anula nieve,
Y no á estrella, piedra y fruto,
En tales dudas, reputo
Que yo no sé cual apruebe.
Así, en tan variis opiniones,
Será acertado consejo
Que no dejas condelejo
A nuestra propia afición:
Cada cual su devoción,
Adula, puesto que extraña,
Que si el gusto no se engaña
Freno ponerle no es justo.
Y haga cada cual su gusto
Bailando al son que se tañe.

No bien había terminado Laguna su lectura y empezado los demás sus pláticas, cuando el galán forastero, que había venido con Aspuruaga, se levantó precipitadamente de su asiento, y tirando los anteojos y la capa, avanzaba hacia Laguna, haciendo ademán de sacar la daga y diciendo estas palabras:

—¡Ah, traidor! ¡Ah, fementido Eneas salamanquino! ¡Ahora me pagarás por junto tus burlas y bellaquerías todas!

Dió un salto en su silla el bachiller, exclamando:

—¡Frente, Leonela, que en esto te conozco!

Gracias á su agilidad y á que los más cercanos sujetaron por el brazo al que habían tenido por mozo y ahora Laguna y sus arrebatos declararon por mujer, y llamarle Leonela, púdose evitar que en aquel frenesí quedara el bachiller mal parado.

De las voces del uno y del otro vino á sacarse en claro que aquella era la viuda, á quien por algun tiempo había servido enamorado Laguna, hasta que, según él, le había dejado por un tal Caprani, genovés, hecho que ella negaba, atribuyendo la felonía al académico.

Lo cierto es que con la tragedia se concluyó la academia por aquella noche, bien que ya todos los poetas habían escudado á luz los partos de sus ingenios.

Pero, antes de separarse, levantóse tal polvareda y confusión de voces y gritos destemplados, que se presentaron en la casa un alcalde y sus corchetes, queriendo prender á todos, y así lo hicieron si Ureta, viendo mal parado el negocio, y en grave riesgo á los hijos de Apolo, no norriese á suplicar al duque su señor pusiese su mediación en el asunto.

Hizolo así aquel magnate y pronto los corchetes abandonaron el campo, como gente ducha en eso de no meterse con el poderoso.

No pequeño fué el susto que todos llevaron, y muy en particular Ureta, no volviéndole el color del rostro sino con la ida del alcalde.

Así terminó aquello, aunque es fama continuaron las academias en otros días, si bien menguaron mucho los académicos, temerosos de tropezar con otra Leonela ú otros alguaciles, que ya los tenían sobre ojo, y no era para cada día encontrarse con duques redentores.

Estos renglones pueden dar á conocer, en cierto modo, al lector lo que era una de las academias de entonces, que tanto abundaban y que acaso, por el abuso que de ellas se hizo, dieron lugar á que la festiva pluma del Príncipe de los ingenios les disparara un fino dardo, cuando al fin de la segunda parte de su obra inmortal dirige varios sonetos, oseritos por los académicos de *La Aspuruagilla*, en cuyo lugar de la Mancha supone una

academia de tal nombre y en la que, entre otros ingenios, estaban el *Monicongo*, el *Burlados*, el *Paniaguado*, etc., ridiculizando así los nombres que solía tomarse en tales academias y de paso la enojosa manía de abultar los libros con versos, en honra del autor, por más que no supiera con qué mano había de santiguarse, versos que los miembros de tales academias hilvanaban con sus extravagantes nombres.

Á los secretarios se encargaba en ciertas ocasiones, como cuando había justas literarias ú otros concursos de este género, *dar vejámen* á los poetas que se habían presentado.

Consistía el *vejámen* en unas eszazonadas, pero corteses y discretas burlas, que el autor hacia á los demas, uno á uno, de manera breve y aguda, y era ocasion de lucir su ingenio el secretario, aunque en aquel tiempo, como manifiesta Rojas en una comedia, no fueran tenidos en grande opinion, pues un criado, hablando de su amo, entre otras lindezas, dice:

Mi señor,
Ser puede, por mal poeta,
Secretario de un certamen.

En estas ocasiones se aprendía á *chancear sin hiel* y á *pinzar sin dolor*, lo que no impedía que, á las veces, no todos sufrieran con igual paciencia el *vejámen*, pues se cuenta de ocasiones en que anduvieron á cuchilladas.

Quando las letras empezaron su decadencia se olvidaron las academias, por más que el siglo XVIII viese crear otras, hoy existentes.

En nuestros días ha sido un recuerdo de aquello los llamados *liceos*, cuyo instituto decayó bien pronto, aunque se mantengan algunos.

Pero dejemos este asunto, que harto me ha extendido tratándole, y preparemos para otra cosa la pluma.

JULIO MONREAL.

LA NOCHE EN EL BOSQUE.

(FRAGMENTO DE UNAS "MEMORIAS" INEDITAS.)

«Descansé un breve rato, y á la salida de la tarde volví á ponerme en marcha, deseando ya salir del pinar, que no ofrecia aliciente á mis ilusiones de cazador. Por otra parte, no tenia empeño en pasar allí la noche, desprovisto de todo abrigo y sin medios para construir una choza de ramaje, como habia leído que lo hacian los cazadores aventureros.

Cuanto más avanzaba parecia que se alejaba más el término de aquel extenso bosque, y ya iba perdiendo la esperanza de salir antes de la noche á campo raso. Las sombras de los pinos se iban alargando, yo también alargaba el paso cuanto podía, por su parte el pinar se alargaba indefinidamente, y por último, la noche alargó su mano de crespon negro y me sorprendió, obligándome á hacer alto.

¡Fué aquella una noche terrible!

Los que vivís en las grandes ciudades, sólo tenéis idea de las noches civilizadas, de las noches que pudieran llamarse *artificiales*, alumbradas por la luz del gas, acompañadas de mil ruidos alegres, y pasadas en la fiebre de los placeres ó en el anonadamiento del sueño. Pero ¿habeis acaso experimentado los efectos de la noche, de la verdadera noche, de la noche de la naturaleza? ¿Sabeis lo que es la noche enmedio de los bosques, en la oscuridad absoluta, en el silencio absoluto, en el aislamiento absoluto? No, no lo sabeis.

No habeis percibido esos ruidos vagos, indefinibles, sobrenaturales, que brotan sin saber de dónde, que hieren el tímpano sin haber travesado las capas del aire; sonidos sin eco, sin vibración, que no se parecen á nada de lo conocido y recuerdan todos los ruidos conocidos: esos son los *ruidos del silencio*.

No habeis observado esas luces indecisas, esos destellos fosforescentes, esos resplandores fugaces, millones de veces más ténues que el que produce la llama del alcohol expuesta á los rayos solares; esos son los *resplandores de la oscuridad*.

Tampoco habeis notado los efectos físicos que la noche produce en el organismo del individuo, cuando concurren las tres circunstancias de aislamiento, oscuridad y silencio absolutos. Acaso alguna vez habeis sentido esa influencia en pequeña escala, pero no os habeis remontado á averiguar la causa ó habeis endosado á los novelistas didácticos el trabajo de explicárosela en algun libro titulado: *VIAJE LUMINOSO Á TRAVÉS DE LAS TI-*

ERRITAS. Pero mientras viene (que no dejará de venir) este libro, os brindo con una sustanciosa teoría, basada exclusivamente por mí, con la escopeta de la observación, en las selvas vírgenes de la ciencia.

La noche desarrolla un fluido, desconocido hasta hoy por la física, que obra sobre el individuo independientemente de la voluntad de éste, y determina en su organismo fenómenos especiales que no podrian explicarse sin admitir la presencia de ese agente incoercible. Este fluido, como el fluido eléctrico, tiene un polo *positivo*, que ejerce directamente su acción sobre el cerebro, y otro *negativo*, que obra exclusivamente sobre el sistema nervioso que preside á los movimientos. De aquí la prodigiosa actividad que adquiere la imaginación durante la noche, la propensión del cerebro á fingirse formas extraordinarias y terroríficas visiones; y de aquí también la especie de marasmo, la atonía, la contracción que experimenta la parte física. Prescindiendo de los efectos, por decirlo así, *morales* que produce ese fluido, y quiero fijarme tan sólo en los efectos *materiales*, esto es, en la acción del polo negativo. Huyendo de todo tecnicismo y de disertaciones fisiológicas, voy á colocar mi tesis en un punto de vista puramente práctico.

Figúrate, lector, que te encuentras de repente en un bosque, en un desierto ó, por lo ménos, en un despoblado, y que allí te asalta la noche. Lo primero que experimentas es una sensación de malestar, de inquietud, no digo de miedo, porque te arpongo á cubierto de esa flaqueza. Poco á poco vas acortando el paso, según que aumentan la oscuridad y el silencio, y amudeces si tienes la costumbre de hacer monólogos, de cantar, de silbar, etcétera. Despues procuras hacer, al andar, el menor ruido posible; si vas fumando, arrojas el cigarró: si llevas en el bolsillo monedas, llaves ú objetos que hacen ruido, los separas; y por último, te detienes, como obedeciendo á una fuerza superior. Aplicas el oído y no oyes el rumor más insignificante. Sigues, inmóvil, escuchando y percibes el *tictac* de tu reloj, que acaba por hacerte insoportable como si fuese el martillito de una ferrería. Para liberarte de aquel ruido importuno, envuelves el reloj en el pañuelo y sigues escuchando...

¡Nada: silencio absoluto!

Pasa un rato, y aquella situación empieza á ser penosa, aquella inmovilidad se hace intolerable. Comprendes que es necesario moverse, andar, respirar con desahogo, fumar un cigarró, hablar solo; pero hay algo, más poderoso que tu desahogo, que coarta tus movimientos; hay un poder que encadena tu libre albedrío. Y en vano apelas á toda tu fuerza de voluntad, en vano adelantas el pie para caminar, en vano abres la boca para pronunciar una palabra ó exhalar un suspiro: la noche está allí, con su silencio tan espeso como las tinieblas, con sus tinieblas tan mudas como el silencio, con su fluido enervante, que te rodea por todas partes, que te oprime el pecho, que ata tus manos y entumece tus pies y paraliza tus músculos. Pero que un rayo de luna atraviese la masa de las tinieblas, que el eco de una voz ó el lejano tañido de una campana interrumpen el silencio, y queda deshecho el encanto: entonces recobras el uso de la palabra y de los miembros, puedes dilatar el pecho, andar, cantar, gritar, ser dueño de tí mismo. Y es que el fluido de la noche exige, para desarrollarse, las condiciones de soledad, oscuridad y silencio, así como el fluido eléctrico no puede acumularse ni hacerse sentir sin el aislamiento de la persona ú objeto sobre que se quiere que obra. En faltando alguna de aquellas tres condiciones, cesan instantáneamente los efectos del fluido, como cesan los de la electricidad desde el momento en que el cuerpo electrizado se pone en contacto con los objetos que le rodean.

Creo que basta con estas ligeras indicaciones para demostrar que, aparte de la influencia moral, la noche ejerce una influencia *física* positiva, incalculable, sobre el individuo; y si quisiera esforzar mis argumentos, me sobraria materia para escribir un grueso volumen. ¿Por qué la mayor parte de los nacimientos se verifican de noche? ¿Por qué de noche tienen lugar la mayor parte de las defunciones? ¿Por qué se acentúan de noche los accesos y crisis de las enfermedades? ¿Por qué ampara la noche los grandes criminales? ¿Por qué los animales dañinos esperan la noche para salir de sus madrigueras? ¿Por qué se ablan de noche las plantas? ¿Por qué ciertos manjares son más nocivos de noche que de día...

Basta de preguntas y volvamos á mi historia, suspendida en el momento de cerrar la noche, cuando, según mis cálculos, sólo debia faltarme una hora de camino para salir del pinar.

Me detuve para reflexionar, y de mis reflexiones saqué en claro que la noche era muy oscura y que, si me empeñaba en proseguir la marcha, corría el riesgo de internarme más y más en el bosque en vez de ganar el li-

dero. Determiné, pues, acampar bajo los pinos y al arrimo de una buena hoguera que me protegiese contra el fresco de la noche. Con mucho trabajo logré encender una rama, que me sirvió de antorcha para recoger una buena cantidad de leña. En seguida busqué un sitio apropiado para establecer mi campamento, y elegí un pequeño espacio donde ocho ó diez pinos corpulentos, poco distantes entre sí, formaban una especie de tienda de campaña. Allí trasladé la leña, encendí la hoguera y me senté á cenar los residuos de la linbre.

No tenía sueño, y á fin de entretener el tiempo di rienda suelta á mi imaginación, que no tardó en transportarme á las más fantásticas regiones. De cuando en cuando suspendía la contemplación de aquel *cosmos moral*, para añadir combustible á la hoguera ó echar una mirada distraída por el espacio comprendido dentro de la zona luminosa de la fogata.

En uno de estos intervalos me pareció divisar entre la yerba seca, á doce ó quince pasos hacia mi derecha, dos objetos relucientes, que me llamaron la atención porque no brillaban á flor de tierra, sino á la altura próximamente de una cuarta de la superficie del terreno. Además, por su posición respectiva, por la distancia que guardaban entre sí y por su forma circular, aquellos dos puntos luminosos me causaron una impresión extraña. Largo rato, tal vez una hora, tuve fija en ellos la vista, pero no advertí que se movieran del sitio que ocupaban; sólo sí noté que su brillo iba amortiguándose poco á poco y que no tardaría en desaparecer por completo.

Entonces reparé que, en mi distracción, había casi dejado apagar la hoguera, y me apresuré á avivarla arrojando sobre ella gran cantidad de leña y agitando en rededor el aire con una rama de pino. Los troncos saturados de resina chisporrotearon, y una llama al principio trémula y azulada, después roja y espesa en humo espeso, y por última blanca, brillante y desahogada, se elevó silbando hasta la altura de las copas de los árboles. A su vivo resplandor pude distinguir perfectamente la configuración de aquellos dos objetos reverberantes. Eran dos ojos, dos ojos humanos, que me miraban sin pestañear, fijos, inmóviles; ascéticos; dos ojos coronados de espesas y fruncidas cejas, enclavados en una cara pálida, de pómulos salientes, frente deprimida, barba enmarañada, labios delgados y contraídos por una expresión de cólera concentrada ó de estúpida ironía.

Tuve miedo... pero no, no fué miedo lo que experimenté. Fué un sentimiento de repulsión, de horror, de frío, como al contacto de un reptil ó de una araña gigantesca. Pero aquella impresión fué momentánea para dejar paso á la reflexión. ¿Cuáles podían ser las intenciones de aquel hombre que, tendido boca abajo sobre la yerba (por lo que podía juzgarse) y con la cabeza levantada, me miraba con tan irritante tenacidad? Si era un malhechor, ¿cómo no me había atacado cuando pudo hacerlo sin riesgo antes de que yo me apercibiese de su presencia? Si era un hombre de bien, ¿por qué, en lugar de acercarse con resolución, me miraba de una manera hostil y despreciativa? No debía tenerme miedo, puesto que no se había ocultado y parecía provocarme con su mirada y con la expresión de su rostro. Me arrojé sobre la escopeta, di tres ó cuatro pasos hacia el desconocido y le pregunté con voz firme:

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

No obtuve respuesta. Monté la escopeta y proseguí:

—¿Con qué objeto te escondas entre la yerba como una culebra? ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué buscas?

El mismo silencio, la misma inmovilidad, la misma mirada burlona y provocativa.

Entre sorprendido y colérico, me eché á la cara la escopeta y le amenacé con matarle si no se levantaba; pero no hizo caso de mi amenaza, no manifestó temor ante mi actitud y siguió mirándome de hito en hito... Aquella calma y aquella mirada impasible á darme escalofríos. Sembrante impasibilidad ante la muerte, revelaba una absoluta carencia del instinto de conservación y sólo podía comprenderse en un idiota ó en un loco.

El resplandor de la hoguera iba entretanto debilitándose y yo, lo confieso, empezaba á tener miedo. No me atrevía á avanzar más hacia el desconocido ni á volverle la espalda para ir á reanimar la hoguera. Tomé el partido de separarme un poco de la línea recta y acercarme por detrás al hombre de las barbas, pero sin apartar de él la vista. Cuando llegué, la hoguera sólo despedía alguna llamada intermitente... El hombre no se había movido... Apenas podía ya divisar el enmarañado perfil de su cabeza, que ahora se me presentaba de lado. No podía distinguir al cuerpo; pero, por la situación de la cabeza, podía precisar con exactitud el sitio que ocupaba. Me incliné rápidamente y extendí el brazo para to-

carlo en la espalda. En aquel mismo instante se extinguió por completo la luz de la hoguera... Di un grito, que debió parecer el rugido de una fiera, y retiré la mano como si hubiese tocado con ella plomo derretido. Digo mal: si hubiese metido la mano en una caldera de plomo hirviendo, ó tropezado con los acerados dientes de un cocodrilo, ó sentido la mordedura de una víbora, habría experimentado una sensación de dolor físico y un movimiento de sobresalto pasajero; mas no el terror profundo y el sacudimiento espasmódico que me produjo aquel contacto.

Creía haber previsto, antes de alargar el brazo, todas las consecuencias de aquella acción: el hombre á quien me dirigía podía ser un bandido, un asesino, un loco; podía estar enfermo, herido, muerto tal vez; podía enderezarse de repente y asestarme un golpe ó una puñalada; podía estar guardado por un perro rabioso ó por un dragón horrendo, como los encantadores de la antigüedad; todo, todo lo había previsto, hasta lo inverosímil, y estaba preparado á todo género de emociones. Lo que no había previsto, lo que no pude imaginar fué que mi mano no tropezase con el cuerpo de un hombre vivo ó muerto. Iba preparado á recibir una fuerte sensación cuando tocaba aquel cuerpo, y la falta de esa sensación con que yo contaba me produjo una sensación mil veces más violenta. ¡Allí no había nada!... La yerba seca y rígida que crujió bajo mi mano ni siquiera conservaba la huella de aquel cuerpo, que se había desvanecido como los fantasmas de las leyendas. A pesar de mi terror, y tal vez impulsado por ese terror mismo, ampezé á pisotear la yerba, esperando todavía tropezar, más allá ó más acá, con el hombre que estaba allí momentos antes... ¡Nada, nada, nada!

Un miedo supersticioso se apoderó completamente de mí y eché á correr hacia el sitio de la hoguera, guiado por el débil resplandor que aun despedían los troncos medio carbonizados. Con febril apresuramiento arrojé sobre éstos toda la leña que quedaba por quemar, y cuando brotó la llama respiré algun tanto. Quise volver la vista hacia el punto donde se me había aparecido aquel rostro fatídico, y no me atrevía, á pesar del convencimiento de que *ya no estaba allí*. Por fin, después de luchar largo tiempo, hice un esfuerzo supremo de voluntad y miré... El hombre ó fantasma ó espectro estaba en el mismo sitio, echado en la misma forma y mirándome con la misma expresión de burla y de amenaza.

Entonces se verificó en mí un fenómeno moral que jamás he podido explicarme: desapareció instantáneamente el terror que me dominaba y me sentí poseído de una ávida curiosidad que avasallaba mi razón. Tomé un leño encendido y, con paso tranquilo, con fría calma, me fui derecho hacia aquel hombre, sin apartar mis ojos de los suyos. Cuando llegué, tan cerca que con solo extender el brazo hubiera podido asirle por la cabellera, bajé la antorcha y vi con horror que me hallaba en presencia de un cadáver. Aquella expresión amenazadora, aquellas facciones violentamente contraídas, aquella mirada fija y vidriosa, pero que conservaba como un destello de cólera, indicaban que la muerte había sido violenta y acaso resultado de un crimen. Para cerciorarme, quise examinar las heridas, pero una nueva sorpresa me aguardaba: aquel hombre debía haber sido enterrado vivo, y por un bárbaro refinamiento de crueldad le habían dejado libre y descubierta la cabeza. Así se explicaba que no hubiese yo tropezado con el cuerpo cuando me acercé la primera vez.

Mis deducciones eran concluyentes; así lo creía yo y así lo habrá creído el lector con presencia de los datos que acabo de exponer. Pues bien: no era así; y véase como es preciso desconfiar de las primeras impresiones cuando la imaginación se halla profundamente excitada. Para que aquel individuo hubiera sido enterrado vivo ó muerto, necesario era que estuviese removida la tierra, y no había el menor indicio de ello. La yerba estaba intacta. Esta postrera observación acabó de desorientarme y perturbó mi espíritu hasta el punto de que llegué á creer que aquella cabeza lívida no era más que una ficción de mis sentidos, una visión de mi cerebro fascinado. Irritado contra mí mismo, y para persuadirme de que todo era un efecto de aberración mental, alargué bruscamente la mano, así con fuerza una masa áspera y filamentosas, que podía muy bien ser un remolino de yerba seca, y tiré hacia mí, levantando el brazo á la altura de mis ojos y acercando la antorcha que conservaba en la mano izquierda... Sólo entonces comprendí la verdad: mis dedos crispados sostenían por los cabellos una cabeza humana separada del tronco.

Quise soltar aquel horrible trofeo, pero los dedos convulsivamente cerrados se negaban á obedecer mi voluntad; parecía que la rigidez cadavérica de aquel despojo sangriento se había comunicado á mi mano y brazo de-

rechos. Tuve que abandonar la antorcha y acudir con la mano izquierda á separar á viva fuerza los dedos entumecidos de la derecha, que al fin se aflojaron abandonando su repugnante presa. La cabeza cayó á mis pies con un ruido sordo y mate, acompañado de un leve chasquido como el que produciría al chocar en tierra, desprendido de la rama, el fruto maduro del cocotero...

FERNANDO M. REDONDO.

LA QUE ESPERA EN EL CAFÉ.

Llega cinco minutos antes de la hora prefijada, porque ella es así: quiere proporcionarle á él la grata sorpresa de que al entrar la vea allí ofreciéndole una sonrisa.

Viene acada: sus botitas, sus guantesitos, atizado el cabello, un poco de pomada, un poco de plancha... vamos, que de golpe no parece mal.

El camarero pasa el paño por la mesa preguntándole *¿qué va á ser?* pero ella le responde: nada por ahora; cayo por ahora equivale á una explicación, á un cúmulo de gratas esperanzas; aquel *por ahora* es como la alborada de un día risueño, la profecía de un porvenir tan próximo como bello.

Los concurrentes la miran. Ella aporécha un momento para mirarse al espejo con una rapidez y un disimulo admirables.

Da la hora: él va á venir.

En aquel momento le parece á ella que no está bien sentada. Se coloca mejor y de un par de discretas manotadas á uno y otro lado, reduce el volumen de la falda del vestido, que cediendo á las sugestiones del almidón se había puesto demasiado hueca.

Se mira los pies y los coloca de modo que no asomen demasiado, ni quedan ocultos debajo del vestido.

Se mira un hombre, se mira el otro y hace la siguiente reflexión: supuesto que así pareceo bien, él no puede tardar.

Y sin embargo, para que se vea cuán falibles son los juicios de los mortales de ambos sexos, él tarda.

Ella que espera comprende que aún podría estar sentada más á gusto, y hace un leve movimiento; después de lo cual, se convence de que en materia de esperar sentado ya no cabe mayor perfección.

Se han ido del café dos, tres, cuatro personas; no quedan más que la que espera y uno que toma una copa, lee el *Diario* y de cuando en cuando la mira.

Ella está en uno de los más bellos periodos de la fidelidad: no hace caso del desconocido.

Va á tomar otra posición y se detiene, acordándose de que está sentada del mejor modo imaginable.

Se mira el alfiler del pecho, se mira la mano enguantada abierta, se mira cerrada, se mira la otra, y cruza las dos y se las mira cruzadas.

El camarero, que ha pasado varias veces por delante de su mesa, se para á la puerta mirando á la calle al través de los cristales.

Ella miraba también con la sonrisa en capullo para hacerla florecer apenas le viese á él empujar las puertas vidriadas, y no puede sufrir que el importuno empleo opaco se interponga...

Tuerce la cabeza á un lado, inclina algo el cuerpo, y todavía ve algo; pero, el simple del mozo se mueve á cada paso; ahora la quita la vista por la derecha, ahora por la izquierda, ella se marca de curiosidad, de impaciencia y de torcer el cuello á un lado y á otro. No hay más que un medio para que el hombre deje el sitio: pedir café.

Y lo pide.

Al fin puede ver cómodamente por los cristales.

La traza el café. Es lástima tener que empezar á tomarlo sola: sin que él añada á la taza el terroncillo de cortesia, sin que él pida para ella un poquito de leche para el vaso del agua...

Pero ya no puede tardar: paciencia.

Un remoto presentimiento la mueve á tomar el café á sorbitos muy pequeños. ¿Para qué? ¿Para qué tenga la taza llena cuando él llegue, si llega pronto, ó para que dure más el pretexto de permanecer allí, si él tarda?

No lo sabe; pero, en efecto, él tarda de veras.

Tan de veras, que ella, sin notarlo, ha apoyado el codo en la mesa y la mejilla en la mano, con aire meditabundo.

De pronto conoce que su actitud es la del abatimiento, y recobra decidida su posición primera, masándose la mano por el cabello como alisándolo, y toma otro sorbito.

De una de las salas interiores del café sale un mozo garrido, que abre con garbo la puerta de cristales y que-

da apoyado en el pomo hasta que ha salido á la calle la morena que con él anda.

La que espera, como si nada viese, toma la taza, y á medida que va bajando la cabeza levanta los ojos para no perder movimiento de aquella pareja feliz á sus ojos.

En seguida, con aire indiferente, toma la cucharilla

sus más principales obligaciones, y la ponen á una en ridículo...

—Anda y que espere cien años (dice otro de los camaradas), cuanto más la hagas esperar más te querrá

—¡Pícaros! (piensa ella), ¡bribonas! conocen el fiaco de una y abusan sin caridad. Si no fuéramos tan tontas...

¡Quién toma café, quién no cambia de posición, quién no cierra los dientes, quién no se muerde los labios en ocasión semejante!

Los mozalvetes gritan, alborotan, piden copas, dicen chascarrillos; todo el café se estreñece de risa. Ménoa ella.



EXPLORADORES ALEMANES.

para menear el azúcar del vaso y aboga un suspiro mientras piensa:

—¡Qué suerte tienen algunas!

Se da una rápida mirada al espejo, y se compara con la morena.

El perro del café se sienta á su lado mirando atentamente su platillo de azúcar.

El café se enfría y él no viene.

Casi es mejor que no llegué en aquel momento; porque si apareciera, ella no podría menos de llamarle ingrato, descortés, comprometedor; se expondrían á regañar .. y ella no quiere; por eso es allí la que espera.

Entra una turba de mozalvetes, uno de los cuales se queja de sus compañeros, porque le traen allí haciéndole faltar á una cita con su novia.

Reflexión de ella:

—Es claro; así son los hombres. Por los amigos ¡qué amigos! por cuatro tarambanas que les pierden, olvidan

—Lo peor, observa el novio, es que si faltó á la cita es por culpa vuestra y no mía, y cuando esta noche se lo diga, no me va á creer: es capaz de figurarse... ¡quién sabe! Le siento, porque la pobre no me ha hecho esperar nunca, y no merece...

Reflexión de ella:

—No, lo que es algunos ya tienen buenos sentimientos; pero esos demonios de amigos son causa de que á veces...

¡Oh alegría!

Asoma de lejos un sombrero ladeado... ¡Es el de él! Así es de forma y así lo lleva. Él es. Al fin cumple; ya decía yo... se acerca...

Mirada al espejo; brillo en los ojos; preparada la sonrisa... Entra y no es él.

Parce imposible que haya dos sombreros tan iguales y un modo tan igual de llevarlos.

El sombrero es idéntico; pero todo lo que está debajo es diferente.

Ni siquiera los oye. Piensa que la sociedad está mal organizada; que la repartición de cualidades entre ambos sexos es injusta; que la ley debería castigar al hombre que hace esperar á una mujer en vano.

A aquellos mozalvetes los desprecia; los tiene por estúpidos é inhumanos, porque se rien diciendo sandeces, mientras una pobre mujer espera.

—Que se fastidie, dice repentinamente en voz baja: también espere yo. Tal vez sea alguna señorita muy remilgada que no me levantaría del suelo si me viese caída... y en fin, sea quien sea, bastantes quebraderos de cabeza tengo yo por mí.

Los mozos, alegres, hablan indiscretamente de sus aventuras amorosas; se rien de las mujeres que dicen haber hablado.

Monólogo mental de la que espera:

—Sí, babosos, sí: reíos de las pobres mujeres; puede que la que os eche el guanta venga á todas las demás,

No, lo que es yo... cuando vuelva á poner afección en otro... me parece á mí que... ¡Si todos son unos! Pues con mi génio, ya, ya. En cuanto yo le eche la vista encima al que me tiene aquí, en cuanto yo le vea... ¡no sé! Ahora quisiera yo que asomara por esa puerta; ahora; que puede que... ¡jura!

La pobre va á beber un sorbo; ¡pero si está helado! No puede con ello.

—No sabe qué hacerse.

¡Ah! todavía no se ha abanicado. ¿Para que es el abanico?

Lo saca del bolsillo y se da aire; pero con alma; y sin embargo hace frío.

—Pero lo sabe acaso ella? Lo que hace es ira, celos, enojo, rabia...

Se ve pasar un paraguas abierto.

Esto nos faltaba.

—Si cuando una nace para desdichas...

Todos los pensamientos de la que espera, dando muestra de una admirable disciplina, van á parar á las enaguas, á las botitas... El terror la domina al imaginar el deterioro á que están expuestos los objetos más caros de su ornamentación.

El que la viese acercar con distraído ademán á sus labios el borde del vaso de agua azucarada, ¿cómo podría sospechar que debajo de tan fría apariencia ardían volcanes? Si estuviera sola lloraría.

Ya siente de cuando en cuando un poco de escoror en los ojos; pero se mantiene firme que firme.

Se acuerda de que él fué quien escogió la hora de la cita, que por cierto no era la más cómoda para ella; él fué quien eligió el café; él dijo que iba á ser el más puntual...

—Vainos, esto no es de caballeros.

Así dice y se echa tres terrones de azúcar en el bolsillo.

El perro del café se levanta paso á paso y se va á sentar junto á otra mesa.

Entra un barrigudo con el paraguas seco y cerrado.

Reflexiones de la que espera:

—No tiene excusa; porque ya no llueve. ¿Qué más habría querido él, sino poder decirme que iba á venir; que el chaparrón le había detenido; que se le había hecho tarde... ¡Pero ni esto! A más de que, yo con lluvia y todo habría venido... ¡Bribón! Porque otra cosa no tendré, pero soy mujer de palabra. No soy como él, que no tiene nada de caballero. Porque cuando una persona quiere á otra... Y le ha de decir que es un pelote y un mendigo; y si se le ha figurado que necesitaba yo que me pagase el café, anda muy equivocado; que ni es caballero, ni ese es el camino.

Los mozalvetes se van, y todos al pasar se vuelven á mirarla.

Ella, como si no los viera, llama al perro, que se espereza primero y sin hacerle caso se va á la cocina.

El barrigudo la contempla con atención.

Reflexiones de ella:

—A puñados los tendría una si sólo mirase al interés, y no fuese franca como una es, y no pusiera afección en la persona. Otras hay que se rien de todo y son las más queridas; que contra más quiere una, peor trato recibe.

Lleva dos horas de esperar.

—¡Pero va bien ese reloj, camarero!

—Sí, señora; atrasa unos minutos.

—¡Atrasa!

—Casi nada.

El barrigudo la mira embobado.

La que espera tiende la mano, se la mira, la cierra, la apoya al borde de la mesa, coge el abanico, se da con él tres golpecitos en los dientes superiores, lo deja encima de la mesa, y estirando mucho el dedo meñique toma la cucharilla y manea el agua azucarada.

Reflexiones que hace al mismo tiempo:

—No me gustan los hombres tan gordotes. Y ese tiene cara de bruto. A bien que á veces esos son los mejores. Parece hombre acomodado. A veces más vale un machucho así, que otros que con mucho pintarla y echarla de muy caballeros no valen para nada. Porque lo que es aquel indiano, está visto que no viene; ¡mala hora lo coja! Lo que más me puede haberle dicho á la Vicenta que venía á esperarle. No se va á poner poco ufana, si sabe que él no ha venido. Sería cosa de oírle del modo que se pone cuando se ríe, que parece una pava. Y eso

que bien puede reírse de las demás; que mujer de más belenes... ¡Bendito sea Dios! Lo que es él, que no vuelva á mirarme; porque á lo primero que me dijese la probaría yo que su modo de portarse no es de caballeros.

Vuelve un poco la cabeza y sus ojos se encuentran con los del barrigudo embobado. Deja la cuchara y toma el abanico. Vuelve á guardarlo en el bolsillo, vuelve á estirar el meñique y bebe.

Va á oscurecer.

Reflexiones de la que espera, mientras se pasa el pañuelo por los labios:

—Lo que es esperar que él venga, ya es escusado. No; pues si se ha creído que me he de morir por eso... ¡ay



DON JUAN RICO Y AMAT.

qué risa! Lo que es con la hija de mi madre, eso sí que no. Miren que gracia, darle á una un plantón, bajo palabra. Luego dicen caballeros, caballeros; farfantes y pillavanes, digo yo; y nada más. Que venga otra vez con Carmencita, cósemé, y Carmencita, planchame, y Carmencita cariño, y Carmencita entrañas. ¡Como no le cost la boca con que miente!... No más, vamos, no más. A otra podrá engañar mañana; lo que es á mí... ¡á mí!

—Sí que le he querido, sí, señor; ¡Y qué! ¡Es algún delito? Boba he sido con él; que otra cosa no podrá decir, y si lo dijese, le haría volver las palabras al cuerpo; que aún no somos tan desgraciadas, para no tener quien saque la cara por una; que mi familia es bien conocida, y vengo de buena línea: mejor que la suya mil veces, y toda su alma.

Y á todo esto sigue limpiándose, restregándose, despellajándose los labios con el pañuelo.

Repentinamente, resueltamente, llama al mozo, y al dirigirse la vista se encuentra con la mirada insistente del barrigudo.

Da dos reales y no toma la vuelta. No quiere que crea el mozo que necesita los cuatro cuartos.

Se levanta y toma la puerta con denuedo.

El barrigudo la sigue bufando, porque la moza anda lista.

Al dar la vuelta á una esquina, mira ella de reojo y ve al bobo que le sigue la pista.

Entonces acorta el paso.

De lo demás, no sé una palabra; ni una.

ROBERTO ROBERT.

DISTRIBUCION DE BONOS EN BARCELONA

DURANTE LA EPIDEMIA.

El grabado que sobre la distribución de bonos durante la última epidemia en Barcelona publicamos en este número, representa un sitio del ensanche de dicha ciudad, correspondiente á su tercer distrito municipal. La mayor parte de los habitantes de aquellos barrios pertenecen á la clase más menesterosa; pero afortunadamente, merced á la distancia del mar, á su relativa elevación, á lo moderno de sus edificios y á que recibe los aires más puros, ha sido ese distrito uno de los que menos han padecido de la fiebre.

Una suscripción abierta por el Ayuntamiento y cierta cantidad facilitada por el señor ministro de la Gobernación, se destinaron á pagar los alimentos, que los moradores verdaderamente menesterosos compraban en las tiendas, provistos de bonos que recibían del municipio, por mano de los alcaldes de barrio. Además se aplicaron dichas cantidades á pagar los gastos ocasionados por la epidemia.

Pero eran tantas y tan perentorias las atenciones, que en breve fué necesario pensar en proporcionarse nuevos recursos.

Espontáneamente se constituyeron en juntas de auxilios ciertas personas acomodadas, que atendían á los enfermos y desvalidos de sus barrios respectivos.

Ya la sociedad llamada de "Amigos de los pobres" cuidaba muy especialmente de socorrer con dinero, alimentos y abrigo á la desdichada población de la Barceloneta.

Formóse además otra asociación con el nombre de "Asociación popular de auxilios á la clase obrera", que prescindiendo de toda idea de barrio ó localidad, atendía á todo el que necesitaba de amparo.

A pesar de tantos esfuerzos hechos con buena voluntad y con un desprendimiento y celo jamás bastante alabados, la peste y la miseria causaban lamentables estragos.

La voz pública y la prensa clamaron por que se reuniesen, organizasen y mancomunasen todos los esfuerzos; el señor gobernador de la provincia hizo un llamamiento á las personas pudientes de la capital; éstas eran ya en escaso número, porque el temor á la peste las había alejado de sus moradas; pero el supremo interés hizo acudir al palacio del gobierno civil á personas de todas las clases de la sociedad, de entre las cuales se nombró una comisión, que en breve se convirtió en Junta general de auxilios, compuesta de personas de todas opiniones y de toda categoría social.

Esta junta, dividida en secciones, levantó una estadística de todos los menesterosos, y con dolor se vió entonces que llegaban al número de 35.000 los que pedían auxilios á la caridad.

Se había abierto una nueva suscripción en la capital y se enviaron circulares por toda España, excitando en todas partes la caridad, y con satisfacción lo decimos: España no fué sorda al llamamiento, pues el día 30 de noviembre las cantidades recogidas ascendían á 691.467 reales 81 céntimos, cantidades que se iban depositando en el Banco de Barcelona.

De cada sección de la junta formaban parte el párroco y los alcaldes de barrio, quienes se enteraban de las necesidades de sus respectivas demarcaciones, y cada veinticuatro ó cada cuarenta y ocho horas, por la mañana temprano, se repartían los correspondientes bonos de pan, arroz, carne, gallina y medicamentos.

Las tiendas y almacenes que facilitaban estos socorros á cambio de bonos, tenían en sus puertas grandes rótulos para conocimiento del público.

Hubo parroquia que sólo tenía que atender á unas 300 personas, al paso que alguna otra, por ejemplo, la de San Cucufate, tuvo á su cargo 5.000.

A la parroquia de San Cucufate pertenecen las calles *Vermell* y *Orenat*, de que hemos dado muestras en nuestros grabados del núm 21 de LA ILUSTRACION DE MADRID.

EL REY CANDAULE.

CUENTO GRECO-LATINO

POR

D. SANTIAGO DE LINIERS.

(Continuación.)

"Juan de Luis.

Ya había renunciado á tener noticias tuyas ¡oh! el más perazoso de los abogados fiscales, cuando un suelto de *La Correspondencia* ha fundido el hielo que en mi corazón cubría tu recuerdo, desanublándolo al mismo tiempo el eco con que escuchas siempre tu nombre, gracias al inconcebible silencio á que me tenías condenado.

¿Será verdad que la Audiencia de Madrid te abra sus brazos, ó por mejor decir sus salas? Debe ser verdad, porque aunque lo dice *La Correspondencia*, tú no eres hombre de pasarle la vida en provincia, y entre Málaga y Granada llevas ya cuatro años de méritos para optar á más altos destinos; y para un madrileño, ¿qué destino puede haber más alto que volver á Madrid después de una ausencia de cuatro años?

¿Cómo pasa el tiempo! Parece que fué ayer cuando fuí á despedirte á la estación; ya hace tres años que me casé, y aún se me figura que hace cuatro días me llenaba de confusión y sobresalto la idea de declarar mi amor á la imponente Milagros.

¿Te acuerdas cuántas veces la daba yo ese mismo nombre, y cómo te reías tú de la idea que de ella tenía? ¿Lo que es el tiempo! Hoy aquella mujer imponente, altiva y desdoblada, es mi mujer propia, reservada, discreta y tímida. Qué la orayesa, ¡no es verdad! Tímida aquella muchacha que tú y yo conocimos reina de las tertulias, alegre, decidora y tan dueña de su persona como si por intuición estuviera penetrada de sus destinos y se adelantara á la plenitud de sus tiempos.

Encerrada en su casa se pasa los días y los meses, una noche de teatro la cuesta una jaqueca, una visita descomponen su sistema nervioso, y mis amigos, cuando por raro evento logro que compartan conmigo el confort de mi hogar, sólo encuentran mi charla eterna para animarle, y el fuego de mi chimenea para que la atmósfera no descienda á cero. Milagros, instalada en el rincón más oscuro de la habitación, dedicada siempre á una obra interminable de tapicería, y sin responder más que sí y no á cuantas preguntas se la dirigen y á cuantas cuestiones se la proponen, hace delante de gente al papel de una garapiñera, dispuesta siempre á helar á cuantos se la acercan.

Dírs que esto es una felicidad: cierto, bajo un punto de vista; pero, en fin, ello es que á mí me parece la de mi mujer una naturaleza incompleta. Por lo demás, me quiere mucho y soy feliz. Yo, sin embargo, la quisiera más expansiva. ¿Por qué hacer de la casa un templo, y un santuario de la sala de confianza?

Si no fuera hermosa, si no fuera discreta, comprendo que se ocultara de la gente. Si quisiera fuese una de esas mujeres que cifran toda su gloria en establecerse como amas de gobierno en su casa y con una atareada actividad reinan y gobiernan desde el salón á la cocina, desde el arca del dinero al almirante de la ropa blanca, aún comprendería su inquebrantable resolución de vivir en clausura; pero lejos de eso, Milagros posee como ninguna americana el secreto de ocuparse constantemente en no hacer nada, y de una manera inverosímil llena las horas con mil obligaciones microscópicas, con cien y cien no-nadas caprichosas que la hacen ir y venir por la casa sin meter ruido, silenciosa y grave como una princesa encantada y siempre con un aire distraído que á mi pesar me recuerda las sonámbulas de melodrama.

Tal es mi mujer á los tres años de matrimonio. Ya sabes cuán poco amigo soy de consultar para nada mis propias impresiones, así es que aún no me he dado cuenta de si me alegra ó me pesa que sea así y no de otra manera, pero, colocándome en la situación en que me coloco siempre que quiero juzgar una cuestión dudosa, se me figura que si yo, en vez de ser yo, fuera un amigo mío, me fastidiaría mucho que se hubiera casado con una mujer como Milagros.

Te he dicho que me quiere y me parece que te lo he dicho á la ligera; á mí al menos nadie me ha querido como ella parece quererme. Querer llamo yo ocupar constantemente al objeto querido con la imposición de una voluntad superior, y nada indica en Milagros que quiera sujetarme á sus leyes ni que en mi obsequio se tome una vez siquiera la molestia de querer algo. Ni sospechas,

ni recriminaciones, ni celos turban nunca la monótona placidez de su alma, y si acaso se despierta su indolencia á impulsos de algún sentimiento, es para sorprenderse (pero no mucho, no creas, su sorpresa se reduce á fijar en mí sus ojos negros y rasgados con una expresión entre triste y burlesca), cuando reprendo en ella esto que yo llamo indolencia de sentimientos.

Para qué te cuento todo esto no sabré decirte á punto fijo; puede que sea porque se me ha ocurrido de pronto al empezar esta carta diciendo que soy feliz, ó acaso porque lo había pensado hace tiempo y experimentaba la necesidad de contárselo á alguien, ó tal vez porque sabiendo que vas á llegar, y esperando yo tu venida como el agua de mayo, quiero que estés preparado al cambio repentino é inexplicable que ha sufrido el carácter de Milagros, y no te sorprendas de la manera extraña con que hace los honores de mi casa y recibe á mis amigos de los buenos tiempos.

Aproposito: antes de anoche llegó de la Habana, ayer estuvo á verme y hoy, en una larga conversación que he tenido con él, me ha dicho que mi mujer es un modelo y mi hogar doméstico el paraíso: ¿qué no aciertas quién? Enrique, nuestro poeta-estadista, nuestro literato burócrata, que vuelve de aquellos climas tan cariñoso, tan expansivo, tan franco y tan alegre como se fué, aunque un poco más gordo y con ciertas tendencias filosófico-médicas que nunca le había conocido.

¿Querás creer que se empeñó en demostrarme que la ambición era una especie de enfermedad, que el orgullo era un hervor de la sangre, y que la inquietud de ciertos políticos se remediaría perfectamente con un golpe de sanguijuelas?

Pero quien es una sanguijuela de tu tiempo y de tu paciencia es quien, como yo, te escribe cartas tan interminables como esta.

Perdona á mi amistad su pesadez, y ven pronto, muy pronto á dar un abrazo á tu apasionado amigo.

JUAN..

"Luis de Juan.

Querido amigo: Tu carta me ha hecho desternillar de risa. Si no fuera de mal gusto entremezclar las reflexiones más sencillas con cuentos trasnochados, te recordaría el de la dama enamorada del molilón de convento. Para lo que querías decirme no era menester tanta teología.

Cuatro pliegos de papel y dos horas de un trabajo analítico y descriptivo de los más penosos te ha costado lo que en romance podías haberme dicho con estas sencillas frases.

"Amigo mío, cuando vengas á Madrid hazme el favor de no poner los pies en mi casa..."

Ni aún eso era necesario. Conozco yo sobradamente el mundo para saber que mi posición en tu casa había de ser desde el primer día falsa é insostenible por eso estaba decidido á vivir contigo bajo el mismo pie en que vivíamos de solteros, pero conservando la ficción legal (dispensable este dejo del oficio) de que ambos lo éramos aún. El café, el teatro, el Casino, serían, como en aquellos tiempos, nuestro hogar doméstico; solo que tú, más afortunado que yo, al salir de uno encontrarías otro más propio de tus gustos é inclinaciones.

Tal era el programa que, pensando en mi próximo viaje, iba á proponerte. Tu carta me ha confirmado en él y mantengo todas sus bases.

Con esta condición se prepara á darte un abrazo tu fiel amigo.

LUIS..

P. D. 1.ª ¿Quién si no tú será capaz de buscarme una buena casa de huéspedes donde alojarme? Es inútil que te recuerde mis gustos. No necesito sol, si el cuarto tiene chimenea. No quisiera que la patrona hubiera antrido nunca quebrantos de fortuna, y viviera en una esfera inferior á su clase. Si es posible, que no tenga hijos; y si no es muy caro, que tampoco tenga marido. Las dimensiones de una familia, que no es la mía, me añigen más por lo mismo que no me importan.

P. D. 2.ª Da muchas expresiones á Enrique, y dile que desee verle, pero desconfía de él; aplicándole á su persona el análisis médico-psicológico que me dices aplica á todas las pasiones, te diré que le tengo por un hombre escuálidamente nervioso.

* Aunque el personaje que las necesidades de esta narración introducen ahora en ella no sea otro que mi humilde persona, un sentimiento, mezcla de modestia y de pudoroso temor, me obliga á bautizarle con el nombre de Enrique. Así podrá trabajar, dir más libremente todo cuanto, bueno ó malo, pienso de mi carácter ó de mi participación en los sucesos que relato los que en ellos fueron principales actores.

Desconfía de los hombres nerviosos.

Enrique es, sin duda, hombre de vivísima imaginación (puro efecto de los nervios); y como todo el que ve y juzga con viveza, toma, con la mejor fé del mundo, por sentimientos y afecciones serias las impresiones fugaces, las vagas ilusiones de un momento.

A hombres así dotados la virtud les llega al alma, cuando la ven en una postura académica ó se manifiesta en un rasgo elocuente; y pasan indiferentes á su lado, cuando tartamudea ó da traspieses.

Se elevan hasta el heroísmo, ó se degradan hasta la perfidia, por un enternecimiento pasajero; y en fin, son buenos ó malos, según el estado de sus nervios.

Todo se pega, y yo, imitando tu estilo, he hecho un análisis digno de un discípulo de Balzac, para decirte: me alegraría mucho que Enrique hubiera adoptado respecto de tí y tu familia la misma línea de conducta que yo me prometo observar.

Desprecia si quieres mi teología, pero agradece mi buen deseo. Hasta la vista, ó lo que es lo mismo, hasta muy pronto."

VIII.

LA OPOSICION LEGAL Y LA POLITICA DE RETRAIMIENTO.

La segunda persona que tuvo conocimiento de esta carta singularísima, fui yo, y la primera, después del interesado, aquella que jamás debiera haberla leído: la hermosa Milagros. No sé si á causa de mi temperamento nervioso ó por otros motivos, su lectura me produjo una impresión dolorosa.

Profesaba yo á Juan Contreras tan fraternal cariño, que la sombra de una sospecha entre los dos me afligía como una ofensa en que ambos estábamos igualmente interesados; y había yo penetrado tan inocentemente en su hogar doméstico, y de tal manera me había dispuesto el carácter de Milagros á tratarla como á una hermana, que sin quererlo me sentí herido y humillado de la ligereza de Luis, prometiéndome á su llegada tratarle duramente.

Hay, sin embargo, frases, hay palabras, detalles al parecer insignificantes, esos escapados á la frialdad, al buen humor ó á la maledicencia, que bastan, como una gota de esas sustancias químicas de gran fuerza, para dar otro color distinto á los más puros sentimientos.

Puede que también fuera efecto de mis nervios, pero después de leer la carta de Luis, me fué imposible considerar la casa y la mujer de Juan como la había juzgado y apreciado en los primeros momentos. Me fué imposible también pensar en aquella mujer, imposible y hermosa, sin cierto inexplicable malestar y peligrosa turbación.

Tuve buen cuidado, sin embargo, de no comunicar mis sensaciones al buen Contreras para que no fuese participe de ellas y librarle de la atmósfera en que la carta me había colocado; pero me encontré tan hecho este trabajo, y él de antemano había puesto tanto empeño en tranquilizarme, que me avergoncé por él y por mí de haber imaginado siquiera que podía haber entre los dos la más pequeña sombra de sospecha.

Su empeño principal consistió, por el contrario, en convencerme de que Luis, lejos de haberme hecho una ofensa, me había dirigido un piropo, y de que era inútil tratar por lo serio ni detenerse un minuto ante una broma tan propia del carácter de Luis y de su humor malicioso, como opuesta á toda interpretación formal y grave.

Si he logrado dar una idea del carácter de Juan, no habré de insistir mucho para persuadir á mis lectores de que lo único que le preocupaba en todo esto, era que pudiese surgir entre dos amigos suyos tan íntimos la más ligera desavenencia.

—Me has de jurar—me dijo—que Luis no sabrá de todo esto ni una palabra. Nosotros hablamos de ello, porque esto es nuestro carácter; comunicarnos todas nuestras impresiones y vivir siempre de par en par abiertas las puertas de nuestra alma; pero Luis ya sabes que no es como nosotros en este punto.

—Porque no es así—podía haber empleado respecto de mi persona otro lenguaje—le repliqué, tratando de achacar á ofensa de amor propio la mala impresión que me habían hecho sus palabras.

—Sea lo que quiera, tú me juras olvidarlo todo y vivir con él como siempre.

—Francamente, no me comprometo, respondí algo amostazado; yo no sé en que términos se portará conmigo, y á juzgar por el recibimiento que me ha hecho...

—Enrique, por Dios te lo suplico, no querás darme el remordimiento eterno de haber roto con mi propia mano y por una indisciplinable ligereza, el estrecho vínculo que siempre nos ha unido y que tan felices nos hacía.

Tanto me suplicó, y tan apurado le vi, que no pude ménos de rendirme á sus súplicas y prometer olvido completo para la ligereza de nuestro comun amigo.

—Más exijo de tí aún, añadió Contreras cuando ya escucho seguro de mi aprensencia á aquella parte de sus súplicas.

—Vemos.

—Que has de contribuir con todo tu influjo y emplear todo tu talento para que Luis varíe su resolución de no presentarse en mi casa, y desde el primer momento venga por el contrario á verme, y hable y vea á mi mujer, como tú la ves y la hablas. Ella y vosotros me sois necesarios para la vida; y ratiñolar á cualquiera de estos seres queridos por mala inteligencia entre ellos, es una idea á la que no puedo acostumbrarme.

Negarme á esto, ¿no hubiera sido confirmar las sospechas de Luis, y dar motivo á Juan para que creyese que yo buscaba una venganza, empleando contra Luis las mismas armas que él había empleado contra mí?

Por otra parte, el recurso bueno, ó malo, estaba ya usado y era viejo. No tuve, pues, más remedio que rendirme y prometer cuanto exigió mi amigo.

No interrumpí mis comunicaciones con su casa por la misma razón, y lejos de eso, cifré todo mi empeño en ganar la confianza de Milagros; una confianza de hermano, expansiva y sencilla.

Jamás he trabajado tanto en una empresa de esta índole, y nunca me ha sido tan contrario el éxito.

Milagros se mantuvo siempre encerrada en su reserva, aunque complada para mí sólo (y esta fué la única ventaja que conseguí sobre ella) en la amabilidad más exquisita. Jamás me faltaban sus atenciones, pero en cambio cuando quería despertar en ella con mis palabras su interés, ó por lo ménos su atención, veía retratado en su rostro un decidido propósito de distraerse, y como una secreta amenaza de dormirse en cuanto yo insistiera en el propósito de interesarla.

Llegué entonces á creer lo que después ha sido en mí una convicción profunda, que Milagros no admitía en su alma más que un afecto, ni en su inteligencia más que una idea, rechazando cualquiera otro sentimiento que por un momento siquiera pudiera distraerla.

Entonces creí, y ahora sigo creyendo, que estaba sinceramente apasionada de su marido. Culpa fué de ambos, y tal vez de la fatalidad que había unido caracteres tan opuestos, el terrible desenlace de los sucesos en que se vieron envueltos.

En este estado ocurrió la llegada de Luis. Juan sabía el día, y delante de mí se le anunció á Milagros.

Esta recibió la noticia tranquilamente; ni un solo músculo de su fisonomía se contrajo, ni se pintó en ella la más ligera sombra de malestar ó de inquietud.

—Me alegro que tengas ese gusto: será un amigo más para entretenerse,—dijo sencillamente, y continuó ocupada en su interminable bordado.

—Nos entretendrá á todos—añadió Juan con acento alegre—le recibiremos en casa, le daremos una comida si es preciso, y veremos—continuó diciendo alegremente—si ahora se atreve también como *in illo tempore* á hacerte la corte en mis barbas.

—Milagros se levantó de su asiento muy pálida, y dijo con voz contrada y casi ininteligible:—Juan, tú no querrás exigir eso de mí, ¿no es cierto? Y salió del cuarto sin esperar la respuesta de su marido.

—¡Bah! dijo éste al verla salir, no conozco nada más original que mi mujer: dime, Enrique ¿á qué hora llega el tren de Andalucía? ¡irémos juntos á esperar á Luis!

(Se continuará)

DON LUIS MARÍA PASTOR.

Breves serán los apuntes que demos acerca de este hombre público, tanto por la regla que hemos adoptado de no hacer artículos biográficos, cuanto porque es bien conocida la vida pública del Sr. Pastor, que es indudablemente una de las ilustraciones de España.

Antiguo periodista, fué redactor de *El Correspondiente* desde 1835 hasta 1843, en que este periódico cambió de propietario. Desde entonces no ha dejado descansar su pluma ya publicando numerosos artículos en periódicos y revistas, ya dando á la estampa varias obras y gran número de folletos. Entre las obras recordamos: *La ciencia de la contribución; La filosofía del crédito; Historia de la deuda pública de España; Tratado de economía política;* y entre los folletos: *La bolsa y el crédito; Las elecciones; Los billetes de banco y la cola del de España; Estudios sobre la crisis económica en 1886;*

La reforma de aranceles; Lo que es y lo que debía ser; La Europa en 1880; en cuyo folleto se prevía para 1870 la sexta bancarota, si antes no se adoptaban reformas; *La política que espira y la política que nace,* y otros varios.

Ha sido diputado á Cortes en siete Parlamentos, y senador del Reino desde noviembre de 1863.

En 1829 fundó la *Asociación para la reforma de cárceles*, logrando la reincorporación al Estado de las alcaidías de las cárceles de Madrid, que estaban enajenadas de la Corona.

En 1860 asistió al congreso de Lausanne, en representación de los economistas españoles, con los señores Figueroa y Carballo Wangüemert. Según la costumbre establecida, el presidente es del mismo país en que el congreso se celebra. Las cuatro vicepresidencias del de Lausanne, fueron dadas: la primera, al Sr. Pastor; la segunda, al señor marqués de Pópoli; la tercera, al señor Scabarok, economista polaco; la cuarta á Mr. Emile Girardin, resultado altamente satisfactorio para los economistas españoles. Estos defendieron en aquel congreso la unidad del impuesto, que obtuvo el apoyo de la asamblea, y combatieron las ideas de Mr. de Girardin, que pretendía ser el impuesto una prima de seguro.

El Sr. Pastor ha desempeñado los altos cargos públicos de director de la Deuda pública, ministro de Hacienda y consejero de Instrucción pública, en cuyo consejo defendió constantemente la libertad de enseñanza, habiendo sido destituido de este cargo por el ministro Sr. Oróvil.

En 1879 fundó con otros librecambistas la *Asociación para la reforma de los aranceles de aduanas*, de la que fué elegido presidente desde su fundación, y que es bien conocida por su activa propaganda y por sus meetings en la Bolsa de Madrid. Desde entonces ha sido considerado el Sr. Pastor como el *leader* de los librecambistas de España.

Después de la revolución de Setiembre ha desempeñado y está desempeñando los cargos honoríficos de vocal de la junta de estadística, de la comisión de presupuestos, de la comisión especial de aranceles y ordenanzas de Aduanas, de la del nuevo código de comercio, del cual se debe al Sr. Pastor, según nuestras noticias, toda la parte relativa al derecho marítimo, de la comisión de unificación de la Deuda y otras varias, en todas las que ha demostrado su incansable actividad.

Por los servicios prestados en estos cargos, fué condecorado en 21 de mayo último con la gran cruz de Carlos III, de la que hizo inmediatamente renuncia el Sr. Pastor, á pesar de las repetidas instancias para que aceptase esa distinción. La renuncia le fué por fin admitida en el último mes de julio.

Para terminar estas breves apuntes, diremos que, como individuo de la Academia de ciencias morales y políticas, ha escrito varios importantes trabajos.

En la actualidad está escribiendo una *Vindicación del siglo XIX*, obra que, según las noticias que de ella tenemos, sería de desear que se diese á la estampa.

SALONES.

Sin hablar aquí de los diez teatros que todas las noches se van favorecidos por una numerosa concurrencia ávida de espectáculos y emociones nuevas, el mundo elegante tiene que hacer prodigios de actividad para asistir á las múltiples fiestas que cada semana tienen lugar en los aristocráticos salones de esta corte en vacaciones. Apenas hay día libre, pues los lunes hay banquete y recepción en la embajada inglesa; se balla en casa de los condes de Heredia Spínola, cuyos salones están abiertos también el viernes; los jueves de la bella duquesa de la Torre y de los marqueses de Morante tienen más boga que nunca, los viernes de la Sra. de Sedano y las recepciones no periódicas, pero sí amenísimas y distinguidas del os Sres. de Fesser, donde concurre la *fine fleur des pairs* de las hermosuras ultramarinas y peninsulares, se disputan la asistencia de los elegantes.

Pronto abrirá también sus salones la condesa de Superanda, y la de Vilches, que ahora sólo recibe en *petit comité*, volverá á descender al telón de su lindo teatro, donde se rinde á las musas y al arte escénico un verdadero culto, inspirando á poetas y aficionados el fuego sagrado la bella espiritual condesa. Parece que la primera obra que tendremos el gusto de aplaudir el 10 de enero, en celebridad de los días del conde, será una esmerada traducción que el docto marqués de Molins está haciendo de *L'urne*, la joya de Octavio Feuillet; y, por último, la condesa de Ripalda se dispone asimismo

á recibir en su lindo hotel del barrio de Salamanca dos veces por semana.

No hay que decir si en esta atmósfera de luz, de aromas y polvo de oro, hará víctimas el amor, que en su artístico siberitismo fabrica yugos con guirnaldas de flores; pero ha sido tal la profusión de bodas que este otoño se han celebrado, que hoy sólo puedo anunciar como próximas las del duque de Granada de Ega con la Srta. de Zaldivar, del duque de la Union de Cuba con la Srta. de Calderon y la del joven vizconde de los Andrines con la Srta. de Carvajal. Otra boda anunciada ya como coronamiento de unos novelescos amores entre uno de los más bellos astros del firmamento madrileño y cierto joven hidalgo castellano se ha aplazado indefinidamente, retirándose él á las espesas breñas de lejano monte á llorar, nuevo Cardenio, la involuntaria crueldad de su adorada.

El martes brillaba por su ausencia en la amena fiesta con que obsequió á sus amigos la Sra. de Carvajal.

Representóse la zarzuela *Buenas noches señor D. Simón*, en la cual lucieron sus envidiables dotes la señorita doña Petra Carvajal, las dos de Malagamba y los Sres. Baeza, Santoyo, Freullet, Sanzaniago y Córdoba, luciendo después estos dos últimos en el desempeño de *Una noche toledana*. En seguida la brillante concurrencia se esparció por los salones donde se bailó hasta cerca de las dos de la madrugada, á cuya hora empezó el desfile y pudo ver pasar á la duquesa de Noblejas, á las marquesas de Villaseca, Puente y Sotomayor, Villanueva de las Torres, Vega de Armijo; condesas de Nava de Tajo, de Montefuerte, Superanda, Belascoain, Velarde; y á las Sras. y Srtas. de Liffon, Maquieira, Córdoba, Gándara, Leon, Martínez y otras cien que aquí no caben.

Brillante estuvo también el concierto que en la noche del día 2 dió la Asociación de beneficencia domiciliaria, que preside la ilustre condesa del Montijo, en los salones del Conservatorio, bajo la dirección del maestro Moderatti.

Los honores de la función fueron para la Sra. de Lujan que cantó con sublime voz y superior maestría el *Ave Maria* de Gounod y electrizó á su auditorio en la *Santa María* Preghiera que acompañaron al piano el señor Beck y los Sres. Inzenga, Urrutia y Mirski con el órgano, el violín y el violoncelo respectivamente: no ménos aplaudidas fueron las Srtas. de Güell y San Martín, la primera en una romanza de *Il Profeta* y la segunda en *La stella confidente*. En la romanza de *I Due Posari*, se distinguió extraordinariamente el Sr. Hunt, y todos los demás que en el concierto tomaron parte, más que aficionados mostráronse verdaderos artistas, mereciendo especial mención el coro de introducción del Sr. Moderatti, titulado *Ricordo di San Sebastian*, que cantaron las Sras. de Lujan y Escosura, y las señoritas de Romé, Carvajal (Elisa), Benavides, Sikles, Romca, Ochos (Eugenia y Josefa), Aillon, San Martín, Güell, Madrazo, Bisso, Nuñez, y Arenas (Julia y Mariana).

El sentimiento del arte puesto al servicio de la caridad podía solamente proporcionarnos espectáculo tan grato, y la noble condesa, á quien pertenece la iniciativa de esta idea, es tan acreedora á los plácemes de la buena sociedad como á las bendiciones de los pobres.

Para concluir, permitidme, lectoras, que os cuente, sin que el carmin del rubor torne purpúreas vuestras mejillas de azucena, la inocente aventura que una colegiala me contó el domingo con su encantadora sencillez infantil.

Paróse días pasados á la puerta de un colegio de niñas, situado intra ó extramuros de Madrid, un coche del cual se apearon una señorita elegantemente prendida y una aya de aspecto respetable que la escoltaba. La joven penetró en el establecimiento, dió el nombre de una de las pensionistas, prima suya, y manifestó el deseo de verla, lo cual consiguió sin dificultad, recibiendo momentos después en sus brazos á su querida prima, que besó con efusión sus mejillas, dándole las gracias por haber hecho aquella expedición que revelaba tanta amistad.

Era la hora del recreo, y la colegiala invitó á su prima á bajar al jardín y tomar parte en los inocentes juegos de sus compañeras, por las cuales fué recibida con gran alegría no exenta de respetoso temor que inspiran á las niñas las un tanto mayores y salidas ya del colegio. Esta parecía tener diez y siete años, y revelaba en sus modales una desenvoltura y á veces una violencia que tenia tan maravilladas á las colegialas, como el timbre de voz un sí es no es bronco de la joven visitante, elegante y distinguida en todo lo demás.

Durante los juegos, sin embargo, al verla correr más que ninguna y saltar y abrazar con demasiada energía á

sus nuevas compañeras, algunas de estas, las que frisan ya en las quince y diez y seis primaveras, no pudieron menos de exclamar:

—Chica, tu prima parece un muchacho.

—No, es que se ha educado con sus hermanos y tiene algo de brnaca; pero es un ángel.

Y, disipada toda prevención, seguían el bullicio y la alegría más loca, cuando una de las maestras, á quien la soltura y agilidad de la prima habían chochado sobre manera, notando que ésta no llevaba pendientes ni tenía donde colgárselos, se acercó bruscamente y le dijo:

—¡Usted es un chico!

—Yo no, yo no, contestó ella turbada, y averiguado el caso, yo no sé como, resultó cierta la sospecha y huyeron por el jardín despavoridas las niñas, cual bandada de candidas palomas que dispersa la vista del milano.

La colegiala está encerrada, sujeta al régimen de pan y agua, y la prima, que era un pollo sistemésimo disfrazado, fué arrojada á la calle despues de haber estado en contacto con ciertas disciplinas que, á guisa de arma antigua, cuelgan todavía de un clavo en el cuarto de la llavera del colegio.

No encontró á la puerta aya ni coche, y hubo de volverse á pié hasta Madrid, donde por la noche y ya con sus atavíos masculinos, refería en el café de Fornos la historia que acaba de contaros

CERRIF-BEY.

DON JUAN PRIM Y PRATS,

PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS.

Con el grabado que hoy damos representando á este ilustre militar y hombre político que tan inmensa influencia ha ejercido y está llamado á ejercer en los destinos de España, llenamos un vacío que se notaba en nuestra Revista.

Desearíamos tratar esta ilustracion con la amplitud y detenimiento de que es digno el personaje á quien se refiere, pero en esta clase de publicaciones no es siempre posible realizar prontamente los deseos. Con gran satisfaccion llevamos hoy nuestro propósito.

No intentaremos siquiera hacer una biografía del hombre militar y político que representa el grabado. Su fama de esforzado caudillo le coloca entre los primeros y su importancia como hombre de Estado le pone al nivel de los que impulsan y rigen hoy el movimiento europeo; pero desde la revolucion de setiembre es tan grande el número de biografías, apuntes y estudios publicados acerca del general conde de Reus, que todos conocemos sus heróicos hechos y todos tenemos seguros datos para apreciar los actos de su vida política. Renunciamos, pues, á una reseña que nos proporcionaría, sin embargo, ocasión para dirigirle nuestros aplausos.

VIAJE Á ITALIA

DE LA COMISION DE LAS CORTES CONSTITUYENTES.

Con las ilustraciones que dimos en nuestro número anterior representando al duque de Aosta, á la princesa de la Cisterna, su esposa, y al representante de nuestro Gobierno en Florencia, Sr. D. Francisco de Paula Montemar, abrimos la serie de dibujos y grabados que pensamos consagrar al importantísimo viaje á Italia de la comision-nombrada por las Cortes Constituyentes de la nacion, para llevar al príncipe Amadeo el mensaje de ofrecimiento de la corona de España.

A pesar de las dificultades que naturalmente hemos encontrado para ocurrir á la necesidad de ofrecer al público con toda rapidéz las ilustraciones de los hechos más culminantes de este acontecimiento, al continuar hoy nuestra tarea estamos satisfechos de la fidelidad y exactitud inmejorables con que podemos hacerlo.

Uno de los grabados referentes á este viaje, que hoy ofrecemos á nuestros suscritores, representa la despedida de los individuos que forman la comision en la estacion del camino de hierro del Mediodía.

El otro representa igualmente el momento del embarque á bordo de los buques que la han de conducir á Génova, y que están fondeados en la bahía de Cartagena. La escuadra se compone de las fragatas blindadas y de primer orden *Numancia* y *Victoria*; la fragata de madera *Villa de Madrid*, que es de hélice y monta 50 cañones; el vapor *Blasco de Garay* y la goleta *Ligera*.

Aunque la capitana de la escuadra es la *Villa de Madrid* y en ella se embarcan el jefe de escuadra, el ministro de Marina y el Presidente de las Cortes, hemos preferido presentar en primer término la fragata *Numancia*, vista por la proa, por ser un buque de mucha importancia y un buen modelo de los últimos adelantos de la marina de guerra.

La comision es recibida á bordo con los honores reales, embarcándose por la escala real de *estribor*, y al poner el pié en ella, las tripulaciones, subidos los marineros en la *jarcia* y las *bergas*, con los pabellones izados saludan dando el triple grito de «Viva España!» despues de haber disparado las baterías de cada buque una salva de 21 cañonazos.

La *Numancia* ocupa el centro del dibujo; á su derecha ó por su *estribor* se vé en segundo término la *Villa de Madrid*, también de proa, y por la izquierda ó *babor* la *Victoria*; detrás de la cual, y á lo léjos, se distinguen la ciudad y fuertes que coronan las alturas alrededor de Cartagena. En primer término se vé una felúa conduciendo al acompañamiento de la comision.

DON JUAN RICO Y AMAT.

Todos los diarios de esta corte han dado cuenta sucesivamente de la pérdida sufrida por la literatura con la muerte del escritor político y poeta satírico y dramáti-

co D. Juan Rico y Amat. LA ILUSTRACION DE MADRID le hubiera consignado ántes un recuerdo en estas páginas si hubiera podido procurarse con más prontitud la biografía sobre que ha sido hecho el grabado que hoy damos, porque en revistas de esta índole, no es preciso que el escritor objeto de LA ILUSTRACION descuelle hasta el punto de que nadie abrigne duda alguna de que la inmortalidad le está reservada. También el talento, apreciado por los contemporáneos, que ha fijado por sus especiales dotes la atención de estos, siquiera no sea general y universalmente reconocido, merece el pequeño honor que nosotros podemos tributarle en nuestras columnas.

Rico y Amat ha dejado diferentes obras dramáticas representadas ó impresas, algunas de las cuales han obtenido notables éxitos. Las obras, no obstante que conservarán su memoria por más tiempo, son: *La Historia de las Cortes Españolas* y el *Libro de los Senadores y Diputados*. Son obras de utilidad y de mérito.

Hombre de ideas conservadoras, ha esgrimido terriblemente su pluma contra las situaciones liberales y ha sido director de varios periódicos satíricos. Su última producción ha sido una sátira política en forma lírico-dramática publicada últimamente, y de título sin duda conocido de nuestros lectores.

Rico y Amat ha muerto repentinamente. Los amigos que en el café de la Iberia constituían su habitual reunión se separaron de él á hora avanzada de la noche, sin sospechar que á la mañana siguiente no existiría.

JEROGLÍFICO.



(La solución en el número próximo.)

Solución al publicado en el número anterior: QUIEN DESTAJA NO BARAJA.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

BASES DE LA PUBLICACION.

LA ILUSTRACION DE MADRID se publica los dias 12 y 27 de cada mes.

Cada número consta de 16 páginas, con grabados escrupulosamente españoles, intercalados en el texto.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.	
Tres meses.	28 reales.
Medio año.	42 »
Un año.	80 »
EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	30 »
Seis meses.	56 »
Un año.	100 »
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año.	85 »
Un año.	160 »
AMÉRICA Y ASIA.	
Un año.	240 »
Cada número suelto en Madrid.	4 »

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—Oficinas, Plaza de Matute, núm. 5; Tabacquería de las Cuatro Calles, librerías de Escribano, Sanchez Rubio, Durán, San Martín, Gaspar y Roig y almacén de papel de Bartío, Corredores Bajos, núm. 30.
PROVINCIA.—En las principales librerías.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

A los que se suscriban á LA ILUSTRACION y á EL IMPARCIAL, se les hará una rebaja importante con arreglo á la tarifa siguiente:

EN MADRID.	
Tres meses las dos publicaciones.	28 reales.
Medio año.	52 »
Un año.	100 »
EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	50 »
Medio año.	90 »
Un año.	170 »
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año.	200 »
Un año.	350 »

NOTA. No se servirá suscripcion alguna cuyo pago no se haya anticipado en metálico ó sellos de correos.
Agente exclusivo en las islas de Cuba y Puerto-Rico, la empresa de La Propaganda Literaria.